



**SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL
UNIDAD AJUSCO
LICENCIATURA EN PEDAGOGÍA**

**ALFABETIZACIÓN INICIAL DE LOS NIÑOS DE TERCERO DE PREESCOLAR
DEL JARDÍN DE NIÑOS *FRIDA KAHLO CALDERÓN*, CIUDAD
NEZAHUALCÓYOTL, ESTADO DE MÉXICO**

TESINA (RECUPERACIÓN DE LA EXPERIENCIA PROFESIONAL)

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN PEDAGOGÍA**

PRESENTA:

MA. DEL CARMEN SOTO SANTILLÁN

ASESOR: RIGOBERTO GONZÁLEZ NICOLÁS

MÉXICO, D. F. JUNIO DE 2014

Gracias

a ustedes que me protegen e iluminan mi camino...

a mis padres...

a mis hermanos...

a Delia, Paty y a todos aquellos que me acompañaron en esta historia.

Índice

	Página
Presentación	6
1. MI EXPERIENCIA CON LA LECTURA Y LA ESCRITURA DENTRO Y FUERA DEL AULA	11
1.1 El preescolar	11
1.2 Las clases en el comedor	13
1.3 El metro	14
1.4 La escuela primaria	15
1.5 Al salir del colegio	17
1.6 Los remedios caseros	18
1.7 El centro de salud	19
2. ENTORNO A LA ESCUELA PRIMARIA. APROXIMACIÓN CONTEXTUAL	20
2.1 Historia de la localidad y sus alrededores	20
2.2 Los servicios públicos (agua, luz y drenaje)	21
2.3 El suelo	22
2.4 La flora y la fauna	23
2.5 El transporte	24
2.6 Las calles	25
2.7 Seguridad	25
2.8 Economía	26
2.9 Educación	27
3. LOS ESPACIOS GENERADORES DE LECTURA Y ESCRITURA EN LA COLONIA METROPOLITANA DE CIUDAD NEZA	28

3.1	No es suficiente saber leer y escribir. Trámites en el Centro de Servicios Administrativos	28
3.2	La Biblioteca Dr. Jaime Torres Bodet	29
3.3	El café internet	32
3.4	El puesto de periódicos	34
3.5	La escritura y lectura en las calles	36
3.6	La alfabetización inicial y el mundo fuera del aula	38
4.	LA HISTORIA DE LA ESCUELA FRIDA KAHLO	39
4.1	La decoración	39
4.2	Las instalaciones	39
4.3	La directora	41
5.	MI PRIMER DÍA EN LA <i>FRIDA KAHLO</i>	43
5.1	La Avenida Sor Juana	43
5.2	La llegada al salón de clases	44
5.3	Los abrazos	45
5.4	Qué “fácil” es enseñar a leer y escribir	46
5.5	Ciberniños	47
5.6	Las clases de Español y Matemáticas	48
5.7	La bienvenida	48
5.8	La planeación	48
6.	MI GRUPO DE TERCERO DE “PREPRI”	51
6.1	Mi salón	51
6.2	El librero	52
6.3	Cambiando la planeación	53
7.	APRENDIENDO A SER MAESTRA	53

7.1 El método es rutinario, mas no la maestra	53
7.2 La transversalidad: un recurso para agregar lo significativo	58
7.3 Trabajando contra el reloj	59
7.4 Disciplina y control	59
7.5 Estrategias didácticas personales	61
8. ALGUNAS HISTORIAS ESPECIALES DE MIS ALUMNOS	64
8.1 A “Coca” lo cambian de grupo	64
8.2 La lista del desayuno	65
8.3 El huevo de chocolate	66
8.4 El debate de los juguetes de niños y niñas	67
8.5 Carlitos y las groserías	68
8.6 Marisela escribe chiquito	69
8.7 Scarlet, nos habla de Dios	70
8.8 Nicole no sabe leer	71
9. COMENTARIOS FINALES	74
10. BIBLIOGRAFÍA	77

PRESENTACIÓN

Dicen que todo tiene un por qué. Ser maestra de un grupo de chicos de preescolar no fue una elección que apareció de la nada, el “por algo” está muy presente en este escrito, aunque no de manera explícita. Contaré cómo me aventuré en la enseñanza de la lectura y la escritura con niños preescolares de un barrio de Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México.

Mi experiencia docente con la alfabetización inicial fue con niños y niñas del Jardín de Niños *Frida Kahlo Calderón*, durante el ciclo escolar 2009-2010. Esta historia no se quedó entre las cuatro paredes del salón del “prepri” ni en los informes o registros de los alumnos, sino que se grabó en mi memoria para ahora convertirse en letras.

Documentar esta historia es recurrir a diversos aspectos que conforman toda esta experiencia: la interacción con estos niños desde el contexto particular que ofrece ciudad Nezahualcóyotl, las formas de gestión de la institución escolar, los conocimientos adquiridos durante la carrera de Pedagogía y mis saberes con relación al mundo de las letras, que se remontan hasta mi infancia cuando experimente los primeros contactos con el lenguaje oral y escrito.

Llegar a un salón de preescolar y enfrentarse, por primera vez, a estos chicos fue un reto, un desafío para mi formación como pedagoga; debido a mi inexperiencia, de repente, debía revisar las distintas teorías para no sentirme tan desvalida. La práctica desafiaba a los conceptos abstractos, lo cual dificultaba ubicar a la enseñanza en la propia realidad del salón de clases. Hubo días que mi actuación transcurría entre el conocimiento y el desconocimiento de la enseñanza y el aprendizaje de esta etapa escolar. Aún con estos infortunios me arriesgue a desempeñar la compleja labor.

Al llegar al Jardín de Niños *Frida Kahlo Calderón* se presentaron algunos aspectos que aminoraron la inseguridad que causaba mi falta de experiencia para desempeñar el puesto de *miss* Carmen. Uno de ellos, fue percatarme de que los contenidos de tercero de kínder, referentes a los temas la adquisición del sistema de escritura, me resultaron muy familiares. Estos, despertaron mi memoria y me reencontré con eventos sobre la manera en la que aprendí a leer.

Otro evento que me llenó de confianza, fue la aparente sencillez para introducir al niño al mundo de las letras mediante el método fonético-sintético. Por último, conté con la maestra Paty, quien resultó ser una guía para realizar mi trabajo,

pues cuenta con casi 20 años de experiencia. Esta incursión, reafirmó mi idea de que enseñar en ese grado escolar sería muy fácil.

Estar en contacto con estos chicos todos los días fue muy enriquecedor. Al interactuar con ellos, cuestioné mis primeras impresiones sobre la enseñanza del lenguaje, con lo cual reflexioné sobre la manera en que se aprendía a leer y a escribir. Comencé a poner en tela de juicio la aplicación de un método para abordar un proceso tan complejo como la adquisición del lenguaje escrito. Me preguntaba si lo que estaba enseñando a mis alumnos les serviría en la construcción de los conocimientos.

Me inquietó el hecho de no saber si los textos, un tanto fuera de contexto, que aparecían en el libro de letras tenían algún significado para ellos o solamente los leían por obligación. También me consternaba saber qué pasaba con el mundo fuera de la escuela y el bagaje de conocimientos sobre la lengua con los que estos chicos ya habían estado en contacto y cuál era su significado.

Hablar de esta experiencia pedagógica muy particular y plasmarlo, de manera escrita, es una manera de entender mi actuar docente, desde lo experimentado en el aula y en la escuela. Fue un vaivén entre lo que exigía el programa de contenidos sobre el aprendizaje formal de la lengua y lo que los niños manifestaban acerca de lo que conocían de las letras.

Los espacios para leer y escribir que forman parte del contexto de ciudad Nezahualcóyotl y que estaban al alcance de los niños, proponían otras formas para interactuar con el lenguaje; pero no de manera fragmentada como en la asignatura de español, sino como un todo con un fin comunicativo.

Al recrear estos aspectos que conformaron esta historia de enseñanza, comprendo mi propia práctica, cómo la estaba desempeñando, y por qué tomaba ciertas decisiones para introducir a los pequeños en el acto de leer y escribir.

Formar a estos niños, al mismo tiempo que yo, significaba entender, desde otra perspectiva, al lenguaje y a los espacios que se abrían en el aula para el intercambio de ideas. La misma necesidad de que estos niños me manifestaban, de leer y encontrar un significado a otro tipo de textos desvinculados de su libro de letras, me obligaba a reformular la idea de que para enseñar a leer y a escribir solamente debía enfocarme a que adquirieran el repertorio gráfico de las letras.

El relato de cada una de estas vivencias personales, también es recordar y plasmar la forma como entendía a los otros -alumnos de la escuela-, la maestra Paty, la maestra Delia, la directora, los padres de familia y demás personajes que me acompañan en esta historia. Las interacciones que pude sostener con ellos,

aunque hayan pertenecido a un espacio y tiempo particular, explican y dan forma a este trabajo autobiográfico.

La casa -como primer territorio con el encuentro de la escritura-, las calles de la ciudad que reflejaban mucho de la cultura, los comercios y las instituciones que recorrí alguna vez o varias veces como parte de una rutina formaron parte del espacio biográfico; lugares que permanecen en el recuerdo con la suficiente carga simbólica para recurrir a ellos y recrear mi propia trama a través de la imagen enmarcada por el contexto espacial.

La memoria se encargó de traer al presente narrativo esos eventos especiales, que no han muerto en aquella temporalidad que los caracteriza. Además, surgen como ráfagas, alumbrando el presente. Hechos que nos vinculan con el pasado por su carga simbólica, “lo que podríamos llamar el *valor memorial* [...] un valor doblemente significativo cuando el relato biográfico está centrado justamente en ese pasado por su cualidad misma, por lo que ha dejado como marca, como huella imborrable en una existencia” (Arfuch, 2013:24).

Menciono a la autobiografía, no como una técnica en la que me apoyé para realizar este trabajo, sino como parte de la investigación biográfico-narrativa. Las autobiografías se han utilizado para recolectar cierto tipo de información, pero por su complejidad y aportaciones, actualmente, se han convertido en una fuente del conocimiento.

El objetivo de la autobiografía “es recuperar hechos del pasado y traerlos al presente de tal modo de reconstruir, comprender e interpretar la vida individual del narrador y el contexto desde el que relata. Esta selección de hechos está influenciada por las inquietudes del aquí y ahora del narrador” (De Miguel, citado por Anijovich, 2009:86).

Al escribir esta autobiografía he construido a un personaje, el cual soy yo misma y que funge como la narradora de esta historia. Esto parece ser un tanto complejo, pero enriquecedor para los fines formativos. Dicha autobiografía no es ficción, aunque debí recurrir a la imaginación para recordar todo, tal vez estos recuerdos que he seleccionado parezcan ambiguos y contradictorios; sin embargo, así es la vida.

Esta autobiografía desea expresar una verdad, de la cual soy la protagonista. De tal forma que me voy comprendiendo y construyendo; me percató de quién soy, que pasos he dado, cuáles han sido mis preocupaciones y cómo las he enfrentado, cuáles han sido mis aciertos y errores.

En educación, la investigación narrativa se opone a la idea de un profesorado anónimo e impersonal; es fundamental “rescatar la dimensión personal del oficio de enseñar” (Bolívar, 2001:52).

La presentación de este trabajo autobiográfico está organizada en apartados que contiene uno o varios relatos y, en la medida de lo posible, siguen un orden cronológico. Relatos que se entrelazan recreando el pasado y asumiendo el presente, configurando esta experiencia profesional muy particular.

El primer apartado es la narración de algunos sucesos relevantes sobre mi experiencia con la lectura y la escritura dentro y fuera del aula. Para ello, me transporto hasta mi infancia y recorro aquellos primeros eventos, que me acercaron al mundo del lenguaje.

En el segundo apartado hago una aproximación contextual de la localidad, donde se cruza la visión propia que tengo sobre el contexto histórico-social de la ciudad, en la cual vivimos mis alumnos y yo, aparte de otros datos históricos peculiares que hablan de un lugar con una carga social muy particular.

En “los espacios generadores de lectura y escritura de la colonia Metropolitana de ciudad Neza”, nombre del tercer apartado, doy cuenta de cómo me aproximo como docente a aquello que se encuentra fuera de la escuela y que constituyen esos espacios públicos alrededor de la escuela Frida Kahlo, donde los niños están en contacto directo con la lectura y escritura, en muchos casos, cercana a un conocimiento más vivencial que el que ofrece el espacio del salón de clases.

El cuarto apartado trata sobre la historia de la escuela Frida Kahlo, contada desde la propia voz de una de sus fundadoras, la maestra Delia. Aquí, también describo a otro personaje que le dio vida y dinamismo a esos espacios de la escuela, que mantienen un sello muy personal y que físicamente son tan peculiares.

En el quinto apartado narro mi primer día en la escuela Frida Kahlo y cómo me percibí, en pequeños lapsos de tiempo, las prácticas y concepciones que la escuela tenía respecto a la educación. También es aquí donde describo mis primeras impresiones sobre lo que pensé que era la enseñanza del lenguaje.

El sexto apartado hablo de las implicaciones que conllevó mis inicios en la docencia, tanto en lo económico como en el tiempo fuera del horario de clases que dediqué a la labor.

En “Aprendiendo a ser maestra” nombre del séptimo apartado, relato y analizo mi papel como docente. Describo cómo la interacción diaria con estos chicos me mostró una perspectiva distinta de la enseñanza y el aprendizaje, en particular a lo

que concierne a la lengua escrita. Enlisto varias estrategias de aprendizaje que apliqué en el grupo.

Por último, en el octavo apartado, cuento algunas experiencias muy particulares que mis alumnos tuvieron con la metodología de enseñanza de la lectoescritura y también con lo que la misma dinámica proporcionaba apoyando la práctica del lenguaje verbal y escrito.

Gracias a mis lectores que les toca descifrar entre líneas mis perspectivas, expectativas e impresiones sobre lo que considero que es la práctica educativa; esperando que entiendan a Carmen, no desde lo que ella dice, sino desde lo que el texto por sí mismo dice.

1. MI EXPERIENCIA CON LA LECTURA Y LA ESCRITURA (DENTRO Y FUERA DE LA ESCUELA)

1.1 El preescolar

En el año 2010, impartía clases en primero de primaria en la escuela *Frida Kahlo Calderón*. Durante ese tiempo, la supervisión escolar nos encomendó a la maestra Delia, quien enseñaba en otro grupo de primer grado, y a mí a observar un día de clases en un preescolar que pertenecía a la misma zona escolar.

Después nos reuniríamos con todos los profesores de la zona para compartir experiencias entre un nivel y otro; así conoceríamos las necesidades educativas en los dos grados: tercero de kínder y primero de primaria. Había una gran preocupación, por parte de la supervisión, por entender por qué el nivel educativo de los niños que ingresaban a primero de primaria era tan variante.

Para ese año, el nivel preescolar ya estaba integrado en la nueva reforma, pero muchas escuelas no trabajaban bajo ese modelo, incluyendo el preescolar Frida Kahlo, el cual prefería conservar su metodología que por varios años le había sido tan funcional.

El kínder que visitamos se llamaba *Libertadores*, en la colonia Benito Juárez; muy cerca de dónde cursé la primaria en ciudad Nezahualcóyotl. Este preescolar se encontraba dentro de una casa, solamente había dos grupos, 2º y 3º. Ese día observé que su sistema de trabajo era similar al de la escuela en la que trabajaba, incluso para abordar la asignatura de Español utilizaban el mismo libro de texto, *Arco iris de letras*.

A veces, para darte cuenta de la forma de enseñanza en un salón de clases basta con revisar los cuadernos y libros de los alumnos. Eso hicimos la maestra Delia y yo; obviamente disfrazamos nuestra intención, pues les dimos a entender, tanto a la profesora del grupo como a la directora que lo hacíamos por simple curiosidad. Las evidencias arrojaban que la escuela no llevaba a cabo el planteamiento de la reforma y que, en el caso de español, trabajaban con el método fonético sintético.

Al charlar con la directora del plantel, nos explicó que había un gran conflicto entre lo que los padres de familia, esperaban que se les enseñara a sus hijos en la escuela y lo que las autoridades educativas exigían respecto al modelo de enseñanza para el nivel de preescolar. En ese momento, la directora nos comentó con voz baja “a escondidas, yo sí les enseño a leer y a escribir”.

A la mitad de la jornada llegó el supervisor de la zona con su comitiva. Lo más sorprendente fue que emitió algunos comentarios sobre las instalaciones de la escuela. Le dijo a la directora “todavía tiene su escuela en su casa maestra”. A lo

que le respondió que ese sería el último año de la escuela ya que no lograría cumplir con todos los requisitos que le exigía la Secretaría de Educación Pública.

Ahora es raro ver escuelas de preescolar improvisadas en las casas, lo cual era muy común en otra época; de hecho, el kínder de la maestra “Lolita”, donde cursé la educación preescolar, obedecía a este modelo. Ella había acondicionado el patio de su casa como un salón de clases y solamente había un grupo, no recuerdo haber visto niños de edades muy dispares, simplemente todos parecíamos tener la misma edad.

Antes de asistir a mi primer día de clases en el kínder, ya tenía mi teoría de lo que era la escuela, la cual confirmé ese día. Al tocar la puerta del zaguán la maestra “Lolita” abrió; ya la conocía porque era mi vecina y algunas veces la vi en la calle e intuía que esa mujer tenía magia. Lo sabía porque su rostro se iluminaba al saludar a las personas; era un rostro feliz. Siempre vestía con faldas amplias y de colores llamativos. En cierta ocasión usó unas mayas con franjas de colores que me gustaron. Ella pasaba de largo sin detenerse cada vez que la encontraba.

Ahora me miraba con esos ojos oscuros y enormes, su gran altura me hacía compararla con mi madre. Me gustaba mucho su trenza larga y gruesa de color chocolate, siempre la llevaba por delante descansándola en su pecho. Imaginaba que los animalitos del libro de letras -el elefante, la jirafa, el ratón, la vaca- subían a su cabeza por esa gran madeja de cabello, hasta yo quería colgarme de ella.

En el patio estaban las mesitas y cuatro sillitas de madera, respectivamente, se encontraban cubiertas con manteles de telas estampadas con flores y cuadros, había un pizarrón mediano colgado de la pared y varios botes con plantas y flores de varios colores que atraían la atención de los niños, pero teníamos prohibido tocarlos. Al fondo, se localizaba un espacio sin techo donde jugábamos y cantábamos las rondas tradicionales que nos enseñaba la maestra “Lolita”.

La maestra nos decía: tómense de las manos y hagan una rueda “grandototota”. Después nos animaba a cantar la Rueda de San Miguel, Las Estatuas de Marfil y la que más le pedíamos los niños, El Lobo. Mientras jugábamos se oían los ladridos del perrito de la maestra, quien reclamaba participar en nuestra alegría. Cuando la luz del sol iluminaba ese pequeño patio de juegos era momento de retirarnos a nuestras casas.

Ingresé a ese kínder cuando tenía cuatro años de edad y la maestra me impartía la clase como a todos los demás. El objetivo fundamental era aprender a leer con el libro de “la jirafita”, *Juguemos a leer*. Este libro actualmente se edita y sigue teniendo el mismo contenido, ese orden tan estricto para hacer que el niño se apropie de la lectoescritura con el método fonético-sintético.

La maestra tenía una forma muy especial para que comprendiéramos que las letras tenían un sonido particular. Antes de introducirnos a la escritura de alguna consonante, nos contaba un cuento, que en su mayoría contenía palabras que incluyeran la consonante en cuestión. Ese era uno de los momentos más especiales de la clase; los niños estábamos ansiosos por descubrir el resto de la trama, incluso, participábamos mencionando palabras que creíamos que continuarían con el relato, como en el que “Chucho” y “Chabela” para no mojarse en el “chubasco” se pusieron su “chamarra”.

Al final del libro había unas lecturas pequeñas, las cuales casi al concluir el año escolar, éramos capaces de leerlas de manera fluida; esto, satisfacía enormemente a la maestra “Lolita”. Se sentaba al lado de cada uno de nosotros y con el lápiz subrayaba las palabras del texto que leíamos. Si nos atorábamos con alguna sílaba, nos daba tiempo y nos recordaba el sonido de la letra para que continuáramos con la lectura. Para mí, ver ese rostro tan feliz, cuando terminaba de tomarme la lectura, era más gratificante que la estrellita que pegaba en la frente.

Quién diría que después de muchos años, cuando me encargué del grupo de preescolar en la escuela Frida Kahlo, sentiría esa emoción en los últimos meses del ciclo escolar, al percatarme de que mis alumnos comenzaban a leer de manera fluida cada vez más. En ese momento, sentí que cumplí mi misión. También estaba convencida de que la maestra del siguiente grado escolar no tendría ningún reclamo acerca de mi enseñanza, considerando que mis alumnos serían inscritos automáticamente en la misma escuela que contaba con primaria.

1.2 Las clases en el comedor

A mi parecer, para la maestra “Lolita” debió ser más gratificante que yo a la edad de cinco años hubiera respondido tan bien a su método de lectura, pero ello no fue suficiente para entrar a la primaria cuando terminé el kínder ya que por mi edad no me recibieron, debía tener seis años cumplidos. Para ese entonces, la maestra cerró su kínder y se mudó enfrente de mi casa, lo cual resultó muy conveniente para mi mamá ya que, al no haber podido ingresar a primero de primaria, no permitiría que pasara un año sin estudiar. Así que mi mamá habló con la maestra y ella me recibió en su nueva casa para darme lecciones particulares.

Las clases ya no eran en el patio, sino en su comedor y yo era la única alumna, lo cual me privó de la interacción con otros niños en aquel momento. Me gustaba ir a ese lugar porque se encontraba en el segundo piso de esa vivienda y al asomarme por la ventana que daba a la calle, podía ver mi casa desde un punto que no la conocía y también a la calle donde jugaba todas las tardes.

La entrada a las clases no era tan temprano como antes, lo sabía porque la escalera que subía para llegar al apartamento de la maestra, estaba iluminada completamente por la luz del sol como el patio descubierto del kínder cuando ya era hora de salir y, tanto las escaleras como el patio de mi antigua escuela estaban en la misma ubicación, al final de las casas.

Al entrar al apartamento de la maestra “Lolita” todo estaba limpio. Inmediatamente me indicaba que me sentará; siempre lo hice en el mismo lugar, de frente a la ventana que tanto me atraía. Ahora ya no había tantos desafíos educativos para ella, pues ya sabía leer y escribir. Las clases se concretaban en repasar las lecturas del libro de “la jirafita”, las cuales conocía de memoria de tantas veces que las leí, además de algunas sumas y restas en la única libreta que llevaba. Me hubiera gustado que mi maestra le pusiera un “valor agregado” a lo que ya sabía.

Conforme realizaba las actividades de ese día, la casa se llenaba de olores a comida y se oía el rechinar del aceite en la olla caliente. La maestra cocinaba en aquel momento y su estufa se encontraba en la misma habitación que el comedor. Yo deseaba que me invitara de lo que había cocinado, pero pronto llegaba su esposo y ese era el momento de retirarme a mi casa.

1.3 El metro

Cuando algunas personas hablan sobre realizar un viaje nos podemos imaginar lugares hermosos, como alguna playa o cualquier centro turístico. Para mí, a la edad de cinco años, un viaje en el metro era lo que yo entendía como paseo. Y es que era una experiencia única, poder subirse al vagón del tren y recorrer cada estación como si se tratara de un nuevo lugar por conocer.

Algunas veces mi papá me llevó a la oficina dónde trabajaba. Nos subíamos a la línea 1 del metro y bajamos en la estación de Balderas. Abordábamos el tren y enseguida mi atención se enfocaba en la cenefa dónde aparecían las estaciones que recorren la ruta. El dibujo de cada estación era un detonante de varias preguntas: por qué cierta imagen tenía forma de pastel o por qué en aquella había un trenecito.

No sentía curiosidad por conocer lo que había afuera de cada estación. Mis dudas eran resueltas por mi papá con claridad y sencillez. Me ilustraba del porqué de cada imagen. Adivinar que habíamos llegado a la estación de la Merced era fácil; ese olor tan particular que sin estar ahí se puede recordar. Un aroma a cebolla mezclado con fruta madura y basura.

En el metro descubrí que había otras lenguas, aparte de la que yo y las personas cercanas a mí hablaban. Una señora se comunicaba con un joven en algún

dialecto, lo cual fue muy curioso para mí, pues nunca había escuchado otro lenguaje más que el castellano y, si acaso, el inglés. Eran sonidos muy ajenos a mis conocimientos.

Esa forma de hablar tenía una fonética muy particular y pensé que tal vez la habían aprendido de la misma manera que yo a leer, con los sonidos. Por más que me esforzaba no lograba captar el significado de las palabras, nada más interpretaba sus gestos. La mujer parecía estar enojada y el muchacho tenía un rostro serio y sólo de vez en cuando contestaba, a la que supuse que era su mamá, con frases cortas.

En uno de esos paseos en metro, mi papá notó que ya sabía leer. Ahora ya no me concentraba en los dibujos de la cenefa del vagón, sino en sus nombres, los cuales no eran palabras sin sentido; mi padre me había ayudado a construir toda una representación de significados de cada una de ellas, que anteriormente no eran más que imágenes.

Es muy gratificante para un niño demostrar ante las personas con las que está relacionado emocionalmente que ha adquirido la lectura, sobre todo si este hecho causa una reacción positiva. Eso me quedaba claro cuando vi las caras de mis alumnos de preescolar y primero de primaria. Para mí, era muy importante demostrarles alegría y sorpresa cuando leían algún texto por primera vez. Pensaba que para ellos ese momento era tan especial como ninguna otra cosa.

Es que no se puede comparar ningún logro, a esa edad, que cause tanta satisfacción en un adulto al verlos descifrar lo escrito en un libro; o al menos para mí, ese evento, me parecía la culminación de un proceso de aprendizaje, que en mi posición de maestra lo esperaba impacientemente. Cuando el camino se hacía largo para que mis alumnos demostraran que ya sabían leer, me preocupaba y buscaba las razones del porqué no se concretaba.

1.4 La escuela primaria

Al entrar a primer grado de primaria ya leía y escribía. Mi trabajo me había costado después de las incansables planas de sílabas de “ma”, “me”, “mi”, “mo”, “mu”, y las de oraciones como “Mi mamá me mima”. A pesar de esta “gran ventaja”, que varios niños llevábamos en comparación a los demás alumnos, no fui una alumna sobresaliente durante ese ciclo escolar ni en los demás que prosiguieron en la primaria.

La didáctica de la maestra “Chelo”, respecto a la lectura, la recuerdo bien; incluso, sus detalles. Cómo no hacerlo si la practiqué durante los tres primeros años de la primaria que fungió como mi profesora. Al parecer, su técnica de lectura era algo

que le funcionaba muy bien porque durante ese tiempo no la modificó en absoluto. Abríamos nuestro libro en la página señalada y leíamos en voz alta. Francamente yo sólo decía las frases que encontraba, pero no procuraba entender lo que leía; además, sólo movía los labios para aparentar que leía.

Después de que el grupo terminaba de “recitar” la lectura y se apagaban todas las voces de los niños, la maestra nos indicaba que sacáramos nuestra libreta de español y copiáramos la lectura. Esa era la peor parte de la dinámica de trabajo: ¡copiar a puño y letra todo el texto! No había otra actividad en la que la maestra “Chelo” nos mantuviera tan ocupados hasta el final de las clases. También sabíamos que aprovecharía ese momento para abandonar el salón y demorar en regresar.

Creo que lo mismo pensaban mis alumnos de 2º año cuando les repartía su libro de *Antología de Lecturas* y les indicaba alguna página para que la leyeran. Lo cierto, es que esa actividad no estaba contemplada en mi planeación diaria, pero me funcionaba para salir del salón y asegurarme de que no harían ningún desorden.

La dinámica de la maestra “Chelo” la seguía automáticamente, pero siempre había un espacio para revisar con más tranquilidad la lectura, sin tener que seguir el ritmo de los demás ni leer en voz alta; a mí me gustaba leerlas en silencio y eso hacía que me concentrara en la historia y en los dibujos. A esa edad lo que encontramos en los libros echa a volar nuestra imaginación y lo que no es un hecho real para nosotros sí existe. En alguno de esos días en que tocó leer en grupo y transcripción del texto, la mente se quedó con esa historia de El conejo y la Luna. La explicación que proporcionaba la lectura, sobre del por qué en nuestro satélite aparece la figura de un conejo, me pareció tan real que durante muchos años pensé que era cierta. Esperé varias noches para ver con claridad la forma del conejo en la Luna y pensé que ese Dios era tan bueno, por premiar al animalito que se le ofreció como cena, al ponerlo en la Luna para que todo el mundo lo conociera.

La lectura de la ronda de Doña Blanca me la aprendí de memoria (a las niñas de mi grupo les gustaba jugarla). En esa página se mostraban a varios niños tomados de las manos; esa escena también era común verla en la escuela, sobre todo en la manera como lucían esos niños, pues sus cabellos estaba alborotados -como si no se hubieran peinado-, sus zapatos parecían viejos y descoloridos igual que su ropa.

La mayoría de los alumnos que asistíamos a la primaria Morelos y Pavón éramos de clase humilde. Nuestros uniformes parecía que habían sido improvisados por

nuestros padres. Faldas y pantalones que respetaban el color azul marino, pero en cada uno de nosotros su forma variaba. Suéteres que nos quedaban muy chicos o muy grandes, dependiendo de la complexión del hermano que lo había usado antes; los zapatos estaban maltratados y usados. Algunos ya eran inservibles.

En esos años, sobre todo en época de lluvia, era común que nuestros zapatos estuvieran sucios y llenos de lodo, puesto que sólo algunas calles de nuestra colonia se encontraban pavimentadas. Sin embargo, con nuestros uniformes y zapatos maltrechos nos divertíamos tanto como los niños de la canción de Doña Blanca.

1.5 Al salir del colegio

Actualmente, no es tan común ver chicos solos que van por la calle con su mochila al hombro, por lo general, están acompañados por algún adulto. Cuando asistía a la primaria, mi hermano -que iba un grado delante de mí- me acompañaba, al igual que la mayoría de los demás niños alguien los escoltaba. Hoy, la inseguridad que vive la sociedad impide que los padres de familia se den ese lujo.

Al salir de escuela, la calle *Caballo Bayo* se llenaba de niños, quienes se detenían a comprar golosinas o a practicar los tradicionales “volados”; en aquel juego lo más usual era apostar dinero o estampas. Durante esa época estaban a la venta álbumes que eran una gran novedad. A mi hermano Carlos y a mí nos gustaba comprarlos y llenarlos por completo; en ese sentido éramos muy persistentes ya que no reparábamos en conseguirlas, ya sea gastándonos todo nuestro dinero en sobres de estampas, intercambiándolas o ganándolas en los “volados”.

Mi hermano cada vez más se especializaba en esta última actividad, la cual fue motivo de regaños por parte de mi madre; además, le prohibió apostar. Un día, algunos chicos de otra escuela lo invitaron a jugar. Mi hermano hacía trampa usando una moneda que tomó de la colección de mi papá. Esa pieza no era una moneda nacional, por tanto, sus oponentes se confundían sobre cuál era la cara y cuál era la cruz. Los chicos descubrieron la estafa y reclamaron sus estampas; él las devolvió y después huimos lejos de su furia.

Los álbumes eran una actividad didáctica divertida y atrayente. Aprendí acerca de los animales exóticos y sus características. Recuerdo el álbum de trajes típicos de todos los países; la estampa que más me gustaba era la de Holanda. En ella, aparecían unos niños vestidos con sus trajes representativos; me causaba gracia el *short* que portaba el niño. Sus rasgos físicos llamaban mi atención. Observaba los ojos rasgados de los chinos, el pelo rizado de los africanos, la piel y el pelo claro de los alemanes. Deseé saber cómo eran los niños hindúes y de otros países ya que por alguna razón no completamos ese álbum.

Los lunes al salir del colegio, la calle no lucía como los demás días, con la tradicional fiesta de los niños de las escuelas de la manzana. Las tardes del lunes, la calle *Caballo Bayo* se encontraba llena de puestos de los comerciantes del tianguis. Cuando las puertas de la primaria se abrían, el ruido de decenas de chiquillos se opacaba en comparación del bullicio de la verbena del tianguis.

Recorrer esos pasillos, antes y ahora, es una costumbre de los ciudadanos de Neza. Es inevitable percibir los olores a verdura y fruta, escuchar los gritos de los comerciantes ofreciendo y motivando a los transeúntes a que compren su producto. La vista se despierta y se detiene unos momentos en algún utensilio, en alguna herramienta, en los colores de las telas, en cierta fruta exótica, que tal vez no se haya probado. Es interesante ver las caras de las personas que se encuentran de frente y cruzan la mirada, por menos de un segundo, y siguen su camino hasta detenerse en algún puesto.

Por mi parte, me detenía en el de cuentos y revistas usadas. El señor que atendía aquel local casi siempre estaba sentado en su banco, hojeando alguno de sus ejemplares. Era un señor obeso y moreno, nunca abandonaba su lugar; desde ahí, respondía a las preguntas que le realizaban los clientes sobre el material que vendía o intercambiaba. Por una módica cantidad, le vendía unos cuentos que ya había leído y visto o los intercambiaba por otros que estaban apilados en el suelo.

Por lo general, me llevaba una historieta que parodiaba los programas de televisión de esa época, se llamaba *VideoRisa*. Utilizaba un lenguaje un tanto inelegante, muy representativo de algunos ciudadanos de Neza. Dos chicos y una chica, interpretaban las escenas de la historia y adoptaban las características de los personajes imitados, dependiendo del programa. Esos tres personajes me parecían muy familiares, hasta sentía que los conocía, se parecían a los chicos adolescentes de mi comunidad, a los cuales mi mamá llamaba “los vagos”.

En cierta ocasión, cambié algunos cuentos sin leerlos como el de Archie, pues observé a mi hermana mayor divirtiéndose con este ejemplar. Algunas veces compré los cuentos recién editados en el puesto de revistas; el que a mí me gustaba salía cada semana, pero prefería esperar hasta el lunes para llevarme varios de ellos por casi la misma cantidad.

1.6 Los remedios caseros

Cuando uno es niño no reparas en los efectos que tiene algún evento. Eso no lo pensaba cuando cierta noche un dolor de muelas me despertó, nunca antes había sentido un malestar tan intenso. Aquella vez, pagué el precio por haber ingerido tantos dulces, por tanto, no me salvé de la picadura de una muela mal tratada o,

más bien, no tratada. Además, a los seis años de edad no conocía ningún hospital, consultorio o centro de salud.

Cuando alguno de mis cinco hermanos o yo nos enfermábamos, mi mamá recurría a los remedios caseros. Recuerdo que tenía una libreta, un tanto maltratada, donde escribió unas recetas para aliviar algunas enfermedades o padecimientos. Tanto el tiempo como la experiencia la obligaron a memorizar dichas recetas, así que ya no debía recurrir a ella para aliviar nuestro malestar. Si padecíamos de las anginas, mi mamá usaba la receta de los “jitomates asados”, que consistía en frotarlos detrás de las rodillas y los codos, en la planta de los pies y en la garganta; aplicaba tanta fuerza que provocaba que pegáramos tremendos gritos.

Cuando miraba su libreta de recetas no lo hacía para buscar algún remedio, sino para observar esa letra que no entendía nada. Mi mamá utilizaba la letra cursiva. Aprendí muchos de esos remedios, pero el que no me gustaría aplicar otra vez es el que sirve para quitar el dolor de muelas. Ese día, mamá recurrió a un condimento, el clavo, el cual colocó en mi muela para desaparecer el dolor.

Aquel olor era muy fuerte y picante. Sentía que quemaba mi lengua. Ese desagradable sabor hizo que olvidara por un instante el dolor de muelas. Después de haber saboreado ese picante condimento, probé la pulpa de la sábila y tomé un Desenfriol, que mi mamá nos suministraba casi para cualquier padecimiento. Al final, se dio por vencida y al amanecer me llevó al centro de salud de la colonia.

1.7 El Centro de Salud

Ese evento tan desagradable de mi niñez conllevó a forjarme nuevos conocimientos, a obtener explicaciones de un ambiente inhóspito para mí, del cual nunca había pisado. Este lugar estaba tapizado de información, exhibían llamativos carteles, que en la escuela no había; también se mostraban letreros estampados en las puertas y en las ventanillas, no obstante, lo que más recuerdo es el periódico mural, que se encontraba en la entrada. Antes de irnos de ese lugar mi mamá y yo nos detuvimos para verlo.

Aunque ese enorme recuadro manejaba una palabra, que tal vez no era tan familiar para una niña de mi edad, ya la conocía. Esa palabra era poliomielitis. Hasta ese entonces, sólo sabía que la poliomielitis era una enfermedad y que dos jóvenes de mi localidad la padecían. Me impresionaba cuando los veía apoyándose en sus muletas. Asimismo, sabía que las enfermeras visitaban nuestra casa para vacunarnos y así evitar alguna enfermedad.

El día que conocí a ese portador de información, amplí mis conocimientos acerca de una palabra, que ya no es tan usual mencionarla; sin embargo, ese periódico

mural fue parte importante de la comunidad. Después, tuve muchas oportunidades de relacionarme con ese nuevo ambiente y con los elementos que lo integraban. La curación de mis dientes se extendió a varias visitas a ese lugar. Haber estado en el consultorio dental significó una nueva experiencia; ahora, otra persona se encargaba de mis curaciones. El doctor era muy amable, platicaba conmigo y me preguntaba cosas que casi nunca respondía porque tenía esos aparatos tan molestos en mi boca.

Cuando el doctor introducía ese artefacto que parecía que raspaba los dientes y hacía un ruido particular, que con sólo escucharlo me ponía nerviosa, me concentraba en el color blanco de su bata. Notaba que las personas con ropa blanca que trabajaban ahí, eran muy importantes para quienes visitaban el centro de salud; además, permanecían largo rato sentadas en esas bancas frías y duras ubicadas en los pasillos. Mientras esperaban su turno, algunos de ellos charlaban con el de al lado o permanecían calladas e impacientes.

2. ENTORNO A LA ESCUELA PRIMARIA. APROXIMACIÓN CONTEXTUAL

2.1 Historia de la localidad y sus alrededores

La historia de la colonia Metropolitana, donde se encuentra la escuela Frida Kahlo, es similar a la que se ha vivido en el resto de las colonias del municipio de Nezahualcóyotl. El surgimiento y desarrollo de estas localidades como asentamientos urbanos, lo podemos entender desde las historias de sus primeros pobladores, que encontraron una manera de vivir en estas; pese a un sinnúmero de adversidades y que a poco más de medio siglo han logrado conformar esta gran urbe, que ahora es Ciudad Neza.

Una de esas historias comenzó en el inicio de la primera década de los sesenta. En ese entonces, mi papá trabajaba en una casa de alquiler para banquetes en el Distrito Federal y mi mamá en un restaurante de la misma ciudad. Los dos pertenecían a ese gran número de personas procedentes de provincia, que desde los años cuarenta empezaron a emigrar a la capital del país, anhelando mejores condiciones de vida.

Entonces éramos muy pobres y buscábamos un lugar barato para vivir —dijo mi papá—, cuando le pregunté por qué no había comprado una vivienda mejor en el DF. Lo mismo ha de haber ocurrido con la mayoría de los migrantes provenientes del campo que se emplearon en las fábricas de la ciudad de México y con lo que ganaban no les alcanzaba para adquirir un espacio donde vivir.

Por el año de 1962, se escuchaba en la radio la promoción de lotes en venta en uno de los tantos fraccionamientos que integraban las colonias del “ex-vaso de

Texcoco”. Con el lema de “La Aurora la Aurora donde su vida mejora”; el anuncio atrajo la atención de mis padres, que al encontrarse en su etapa de noviazgo, se animaron a tomar el viaje gratis que ofrecía la empresa encargada de vender los terrenos para conocer ese inhóspito lugar.

Mis papás adquirieron un lote en el fraccionamiento La Aurora, lo que hoy es la colonia Benito Juárez, por poco más de \$151 mensuales. Pronto, las personas transformaron aquella por la de “La Aurora, la Aurora donde su vida mejora y nace un niño a cada hora”. Y vaya que sus habitantes le hacían honor a esa expresión humorística ya que, como todas las colonias aledañas, la Aurora se pobló de manera rápida. Por ejemplo, mis padres contribuyeron con este fenómeno al procrear siete hijos.

Nosotros no íbamos a vivir donde actualmente estamos. En un principio, mis papás compraron un lote que pertenecía a una calle cercana a la que ahora es nuestra casa. Un día, mis padres visitaron su terreno y se sorprendieron al encontrar que éste había sido invadido por unas personas que se apropiaron de él a “la mala”. Menos mal, la fraccionadora respondió ante tal suceso y les asignó otro terreno a mis padres.

En 1964, mi papá -originario de Michoacán y mi mamá de Puebla-, ocuparon su terreno en la árida colonia Aurora. “A flor de tierra”, sin cimientos ni castillos levantaron un cuarto de piedra y lámina para vivir y esperar el nacimiento de su primera hija. La situación de los demás no era muy distinta; algunos de ellos provenían de Guerrero o Veracruz. Abandonaban diariamente sus precarias viviendas para trasladarse por esas largas calles llenas de polvo hacia el Distrito Federal donde trabajaban.

2.2 Los servicios públicos (agua, luz y drenaje)

En aquellos años, según mi papá, los fraccionadores no cumplieron con las promesas de dotar a la colonia con los servicios de agua, luz y drenaje. Así que, obtener un poco de agua y luz significaba un gran esfuerzo para aquellos habitantes. Mis papás acarreaban agua en botes de 20 litros. Para ello, caminaban varias calles donde estaba una llave abierta al público y esperaban su turno en una larga fila, que se formaba desde las madrugadas.

Es paradójico el hecho de que ciudad Neza se fundó en lo que fue el Lago de Texcoco, sus habitantes carecieran de agua. Pero lo más chusco, a mi parecer, es que en la actualidad algunas de sus calles parecen lagos en tiempo de lluvias, pues las inundaciones están a la orden del día. En realidad, el mal estado del drenaje y la inconsciencia de muchos de los habitantes han provocado que la basura obstruya las coladeras y se genere este caos.

Regresando a los orígenes de la colonia Aurora, otro servicio que resultaba indispensable era la luz eléctrica. La gente se las ingeniaba para abastecerse de electricidad por las noches. Mi padre compró un cable para “jalar” la luz del poste de una avenida hasta la casa. La distancia entre ambos puntos era de aproximadamente 200 metros. Y lo que respecta al drenaje, de plano, no había. Las familias formaron dentro de sus terrenos unas letrinas y construyeron unas zanjas para que corriera el agua ya utilizada.

En aquella charla con mi papá me dijo “cuando el gobierno tomó el control, empezó el orden”. Al parecer, los fraccionamientos pasaron a manos del gobierno, incluyendo el de la Aurora, puesto que mi papá realizó los últimos pagos del terreno en una dependencia del municipio. Con el transcurso del tiempo, ese espacio cobró otro sentido para sus habitantes. Tras haber sufrido “la gota gorda”, los colonos fueron dotados de algunos servicios básicos, lo cual hacía su vida más llevadera. En la actualidad, ciudad Nezahualcóyotl, al ser un gigante urbano, cuenta con la mayoría de los servicios públicos.

2.3 El suelo

A ciudad Nezahualcóyotl también se la ha conocido como “nezahualodo”. Esta variación un tanto chusca, hace referencia al tipo de suelo que se presentaba durante las lluvias, y que varios años fue representativo de las colonias que se asentaron en el desecado Lago de Texcoco.

Mi mamá me decía que después de la lluvia, la tierra se secaba y el suelo se tornaba parejo y de color blanco, y que al caminar sobre él se formaban grietas. Cuando el clima era seco, los fuertes ventarrones hacían que el polvo se levantara y se adhiriera a cualquier cosa, incluso a las personas. Era común ver que la gente llegara a sus casas cubiertas de pies a cabeza con esa tierra de tono blancuzco.

Los fraccionadores cubrieron algunas calles con cierta piedra de color rojo con la finalidad de que fuera más fácil transitar por ellas, en los terrenos que aún no habían sido habitados. La gente tomaba de esa piedra para colocarla en los pisos de sus casas ya que la mayoría había construido sus viviendas sobre la tierra. La circulación del transporte en las calles enlodadas se tornaba un verdadero problema. “En esos días lluviosos los camiones llegaban hasta donde se quedaban enterrados” —decía mi papá—. Muchas veces tuvo que bajarse del transporte que ya no podía avanzar por las condiciones fangosas de las calles. En esos casos, las caminatas para llegar a la casa eran bastante largas y agotadoras.

Cierta mañana, mi calle estaba invadida por máquinas que rascaban la tierra; y otras, que con un gran rodillo al frente aplanaban el terreno. No sabía si

emocionarme porque por fin mi calle tendría ese aspecto tan civilizado y el sobrenombre de “nezahualodo” dejaría de tener sentido o entristecerme porque ahora sin la tierra, sería difícil jugar al “bolillo”, a los pastelitos de tierra y a las canicas.

2.4 La flora y la fauna

Mi casa se encontraba a sólo media cuadra del Bordo de Xochiaca. A los chicos de la calle nos gustaba ir a ese lugar. Había una laguna de salitre enorme, que al contemplarla y mirar a lo lejos no se veía nada más que el cielo. A esa edad, no conocía el mar, pero cada vez que iba al Bordo y observaba ese horizonte era como si estuviera viendo desde la playa juntarse el agua con el cielo.

Sobre esa gran laguna caminaban unos pajarracos negros de larga cola; era probable que se trataran de urracas. Pocos eran los niños que se atrevían a caminar sobre ese terreno de tierra dura y cuarteada, y a veces lodosa. A mí me daba miedo. Estaba convencida de que esas aves tenían cierto encanto que las hacía caminar por el suelo fangoso y que si me atrevía a imitarlas me hundiría sin que nadie pudiera rescatarme.

A esas aves parecía gustarles convivir con los humanos. Era común encontrar a estos animales merodear por las calles cercanas al Bordo y caminar cerca de las personas sin ningún temor. En esos años, el Bordo de Xochiaca se convirtió en un tiradero de basura. Las urracas no desaparecieron y a ellas se les unieron ratas y ratones. Asimismo, las moscas que se convirtieron en un componente muy característico de las calles aledañas al basurero.

Respecto a la flora, mamá recuerda lo que el patrón de mi papá, el señor Hugo Velásquez, le comentó el día que visitó a mi familia en los años sesenta: “¡señora, como es posible que este viviendo aquí!, ¡ni árboles hay!”. El señor Velásquez vivía en el Distrito Federal y el contraste entre el paisaje urbanizado de la capital con el aspecto árido de Neza era para sorprenderse.

Con el paso de los años, el paisaje de Nezahualcóyotl se fue transformando. La gente plantaba árboles y plantas dentro y fuera de sus casas, además de otros tantos en los camellones de las avenidas principales. Las lagartijas e insectos habitaban en esos modestos jardines particulares.

En cierta época del año aparecían unos escarabajos de color verde metálico, que volaban y se posaban en las plantas de la calle. Los niños, que no teníamos compasión por esos insectos, los cazábamos y les amarrábamos un hilo en su cuerpo, los echábamos a volar al mayate o “jicotillo”; así le llamábamos al pequeño insecto que volaba como si fuera un mini avión de baterías.

2.5 El transporte

En aquellos años, se componía de camiones suburbanos que llevaban a los primeros pobladores de Neza al Distrito Federal hacia sus trabajos. Estos camiones, también llamados “chimecos”, hacían sus corridas solamente en algunas avenidas principales, por lo cual, había que caminar algunas calles para abordarlos. Ahora, estos camiones antiguos circulan por las avenidas Madrugada y López Mateos y su característica principal es que parecen máquinas de vapor por la gran cantidad de humo que arrojan.

Microbuses, combis, camiones (más modernos que los chimecos) y el famoso *Mexibus* son los transportes populares de la ciudad. Ahora no solamente nos conectan con el DF, sino también con los municipios vecinos como Chimalhuacán, La Paz, Texcoco y Ecatepec.



Transportes que circulan actualmente por la avenida Chimalhuacán

Hace algunos años, era difícil abordar un taxi. Pero un día, de repente, empezaron aparecer coches de color blanco por todos lados con un letrero

en el parabrisas que decía “taxi”. Sin ningún papel que acreditara a los conductores o a los autos para desempeñar el oficio; los ciudadanos empezamos a hacer de ellos un transporte cotidiano. Hasta la fecha, muchos de éstos taxis siguen siendo “piratas”. Carecen de taxímetro, generalmente, la tarifa se negocia con el chofer. En muchos de los casos, el taxista le dice al usuario “págume lo que le hayan cobrado hasta allá”, refiriéndose al destino al cual tendrá que llevar a su pasajero.

En los camiones y microbuses nos encontramos con comerciantes que ofrecen desde chicles o dulces a un peso, hasta pomadas para dolores musculares a diez pesos. Algunos de estos vendedores, argumentan que acaban de salir de un anexo o de un reclusorio se ven obligados a ofrecer esos productos para llevar unas monedas a sus casas. Cantantes y payasos amenizan el trayecto. Coincidir con alguno de estos personajes no es molesto para mí, lo que no me gustaría es encontrarme otra vez, con esos tipos mal encarados que se suben al transporte diciendo en un tono amenazante “preferimos pedirles una moneda a arrebatarles todo lo que traen”.

2.6 Las calles

No sé si es que he vivido todo el tiempo en Nezahualcóyotl o es esa forma tan bien definida que tiene el trazo de sus calles, pero aquí nunca me pierdo. Cuando voy a algún lugar donde las calles parecen laberintos me angustio y me desespero porque en mi ciudad rara vez me encuentro con alguna cuchilla o calle ovalada o cerrada. El trazo de la mayoría de las calles en Neza es horizontal y vertical, debido a la forma cuadrangular de sus terrenos.

Muchas personas consideran graciosos los nombres de las calles de mi colonia. Todas estas vías fueron bautizadas con nombres de canciones de los años cincuenta: La malagueña, Mariquita linda, Paloma negra, La rielera o Los dos arbolitos, en la cual vivo. Recuerdo que mis compañeros del bachillerato se burlaban del nombre de mi calle diciendo “vives en los dos arbolitos, junto a la verdolaga”. La verdolaga era el nombre de la calle que seguía de la mía.

Las avenidas de la ciudad tienen camellones muy amplios, que en la actualidad, cuentan con bastantes árboles. Al colindar gran parte del territorio de la ciudad con varias delegaciones del DF, todas estas arterias principales de Neza desembocan hacia la capital del país.

2.7 Seguridad

Aunque en sus inicios la forma tan precaria de las construcciones y la desolación de las calles de ciudad Neza, se prestaban para ser un lugar idóneo para la rapiña y los asaltos, se consideraba un lugar seguro y sus habitantes no vivían con las inseguridades que manifestamos el día de hoy los capitalinos. A diferencia de aquellos años, cuando la gente resguardaba su hogar amarrándole un lazo a la puerta para que no se abriera mientras salían al mercado. Ahora, es necesario colocar doble llave a los zaguanes y tener una barda altísima para sentirse un poco seguro.

Cuando ingresé a la secundaria me percaté de cómo catalogaban a mi ciudad en el DF. Mi secundaria se encontraba sobre la avenida Tlalpan, muy cerca del metro Pino Suarez. Los chicos que estudiaban ahí venían de colonias muy cercanas al centro de la capital. Lo primero que atrajo fueron los nombres deformados con los que llamaban a mi ciudad: “Neza York”, “Nezahualodo”, “Mi Nezota” y “Neza Rock”. Este último, lo decía un chico que me molestaba: “qué, me vas a echar a tu banda de Neza Rock”. En esa época las bandas formadas por chicos, quienes se caracterizaban por cómo vestían y por su gusto por dicho género musical, eran tradicionales de ciudad Neza; además, tenían la fama de ser conflictivas y peleonas.

Mientras yo les aclaraba a mis compañeros que no pertenecía a ninguna de esas bandas y que mi ciudad era tranquila; varias veces los escuchaba decir “ahí matan de a gratis”, desprestigiando mi ciudad.

En la actualidad, la fama de Neza ha cambiado para mal. Aunque constantemente circulan patrullas y policías en motos; además, cuenta con “El Coyote”, un helicóptero amarillo con anaranjado, que de repente en la madrugada suena su sirena justo arriba de tu casa. Nuestra ciudad cuenta con un índice delictivo alto. En los periódicos alarmistas como *El Gráfico*, *El Metro* o *La Prensa* Nezahualcóyotl sigue siendo escenario de muchos de los sucesos violentos, de drogadicción, extorción, corrupción, entre otros.

2.8 Economía

Presencí las calles de la ciudad totalmente pobladas. La mayoría de las vialidades no tenían pavimentación, sólo las avenidas principales. Sobre estas grandes avenidas se divisaba el crecimiento de un gran número de pequeños comercios y establecimientos.

Antes de que esa red comercial apareciera, la mayoría de los habitantes de ciudad Nezahualcóyotl dependían del Distrito Federal para trabajar y obtener ingresos. Pero con la construcción de este nuevo espacio, muchos de los nezahualcoyenses ahora se quedaban a trabajar en la ciudad.



La Avenida López Mateos

En esos días, mi papá seguía laborando en la casa de alquiler en el DF y mi mamá elaboraba pantalones en casa, los que posteriormente salía a vender. Recuerdo que mis hermanos y yo abordábamos el “chimeco”, que recorría la avenida López Mateos, para comprar el hilo necesario para sus pedidos. Para ese entonces, esta avenida, que ahora es de las más importantes de Nezahualcóyotl, comenzaba a dividirse por ciertos sectores de productos: el de azulejos, el de telas, el de plásticos o el de hilos.

Tianguis y mercados públicos son parte de la economía de la ciudad. Cada día de la semana comerciantes invaden calles o avenidas ofreciendo legumbres, fruta, comida, abarrotes, ropa, zapatos, herramientas, artículos para el hogar, y un sinnúmero de utensilios que se puedan imaginar.

Cuando el bachillerato, visitaba junto con algunos de mis compañeros la primera plaza comercial que se abrió, Plaza Neza. Nos gustaba ver las tiendas de ropa y zapatos de marca. En realidad, para varios de mis compañeros y para mí era difícil adquirir esos productos. Pero, a mi parecer, muchas personas de la ciudad empezaban a tener mayor poder adquisitivo y compraban en estos nuevos establecimientos. En esa misma época, estos comercios se multiplicaron; los restaurantes pertenecientes a grandes cadenas, tiendas de marcas reconocidas, agencias de viajes, hoteles, ofertaban sus productos y servicios.

Una de las avenidas que cambió su aspecto considerablemente en los últimos años fue el Bordo de Xochiaca. Recuerdo que después del año 2000 se expandió un fuerte rumor de que iban a construir sobre esta avenida un complejo comercial que transformaría la imagen de tan afamada vialidad. Hasta ese momento, el Bordo era sinónimo de basura, mal olor, desolación. A muchos les parecía conveniente arrojar los restos de sus perros o gatos; incluso, encontraron cadáveres humanos en este lugar.

Cuando se construía Plaza Jardín, en lo que antes fue parte del tiradero del Bordo, mucha gente de la misma ciudad se mofaba del evento, diciendo que se estaba construyendo “Santa Fe de los Pobres”; otros le llamaban “Plaza Basura”. Estos nombres no tienen que ver mucho con la realidad ya que estos comercios y servicios están dirigidos a la población de Nezahualcóyotl que es capaz de consumirlos, lo cual es el reflejo de un sector de clase media que ha ido creciendo.

2.9 Educación

Nezahualcóyotl, no sería una gran ciudad sin su oferta educativa, al menos en lo que respecta a educación básica. Encontrar un espacio en la matrícula de educación preescolar en el gobierno no es tan fácil, pero tampoco es imposible. Lo que sí es sencillo es inscribir a algún pequeño en un kínder particular ya que aquí abundan. El número de primarias, tanto públicas como privadas es basto.

Entrar a la secundaria no es como hace algunos años, que uno escogía la escuela a la que deseaba ingresar. Ahora, dependiendo del puntaje que el aspirante haya obtenido en su examen de admisión se le asignará una institución, donde concluirá su educación básica.

Recuerdo que la mayoría de alumnos que egresaban de la primaria Frida Kahlo buscaban un espacio para estudiar en alguna secundaria oficial. Al parecer, sus padres ya no podían costear las colegiaturas. A pesar de que las secundarias públicas no gozan de una buena reputación, tanto en el nivel educativo como en el ambiente escolar, a los padres no les quedaba otro remedio más que inscribirlos en estas escuelas y optaban por mantener siempre vigilados a sus hijos para que

se mantuvieran alejados de malas influencias y del libertinaje que imperaba en muchas de estas instituciones.

Yo estudié la educación media superior en el Colegio de Bachilleres de Nezahualcóyotl. En ese entonces, no había muchas opciones de escuelas a ese nivel. Ya contábamos con escuelas como el Conalep y Cetis, pero como hasta el día de hoy no son la mejor opción para estudiar. Actualmente, según cifras del INEGI, en ciudad Neza hay 71 escuelas a nivel bachillerato.

También hay que considerar que muchos jóvenes buscan cursar el nivel medio superior y superior en escuelas del Distrito Federal. Tal vez este sea el motivo por el cual las cifras nos favorecen, en relación a las personas que cuentan con nivel profesional en la ciudad, ya que de las 1 110 565 personas que habitamos Nezahualcóyotl 120 225 contamos con ese nivel de escolaridad (INEGI 2010).

No he conocido alguna persona de la localidad que no sepa leer ni escribir. Aunque muchas de las personas mayores que actualmente habitan la ciudad, quienes fueron de los fundadores y provenían de provincia, no cursaron algún grado escolar. Aún así, el municipio cuenta con “34 057 analfabetas de una población de 851 954 habitantes mayores de 15 años” (www.neza.gob.mx/docs/plandif.pdf).

3. LOS ESPACIOS GENERADORES DE LECTURA Y ESCRITURA EN LA COLONIA METROPOLITANA DE CIUDAD NEZA

3.1 No es suficiente saber leer y escribir. Trámites en el Centro de Servicios Administrativos

Aunque las cifras que muestran el nivel de analfabetismo en la ciudad nos hacen pensar que son muy pocas las personas que no saben leer y escribir, también hay quienes teniendo un alto grado de escolaridad se ven limitadas al interactuar con determinados tipos de textos. Supuestamente, el sólo hecho de reconocer el sistema de escritura bastaría para desenvolvernos en ciertos ámbitos de poca complejidad. Por ejemplo, las personas que realizan un trámite en el centro de Servicios Administrativos de Nezahualcóyotl.

En éste inmueble hay diversas oficinas del gobierno donde se realizan un gran número de trámites, como dar de alta las placas de los vehículos, reponer tarjetas de circulación; incluso, ahí se puede tramitar la inscripción de un alumno al Conservatorio de Música del Estado de México. De entre la gran variedad de servicios que ofrecen en estas oficinas, los trámites relacionados con los vehículos son de los más socorridos.

Está claro que si estos servicios son públicos, cualquier persona que lee y escribe tiene la capacidad para realizarlos; incluso es requisito indispensable hacer cualquier trámite personalmente. Sin embargo el sólo hecho de estar afuera del Centro de Servicios Administrativos, nos hace pensar que no cualquiera puede realizar por ella misma algún trámite en estas oficinas.

Sobre la Avenida Sor Juana hay muchísimos escritorios públicos, justo afuera del Centro de Servicios. Algunos de ellos están en algún local de la avenida y muchos otros se han adueñado de la banqueta, integrados hasta con electricidad para que funcionen las fotocopiadoras y computadoras. Al caminar por ese corredor de escritorios públicos ambulantes, notamos que las máquinas de escribir mecánicas también forman parte de las herramientas de trabajo de las personas.

Aquella persona que requieren que se le elabore un texto o llenar u obtener algún formato para realizar algún trámite gubernamental, recurre a estos establecimientos, pues las personas que laboran ahí son letradas en esos temas y viven de los que no tienen la habilidad para ejecutar dichas tareas. Hay cierto tipo de saberes, con los cuales los ciudadanos de Neza no están familiarizados; tal vez por eso en muchas instituciones de la ciudad impera el “coyotaje”.

Con el uso de la tecnología, los trámites en oficinas del gobierno no solamente se han agilizado, sino que han educado a los usuarios, proporcionándoles un conocimiento que los hace aptos para realizar esas actividades por ellos mismos. Pero quienes carecen de ella, se ven limitadas para utilizarla, por ello, recurren a algún intermediario para que les soluciones el problema.

Y aunque en las Oficinas Administrativas de ciudad Nezahualcóyotl encuentras empleados que te explican el “abc” de los pasos a seguir para realizar tu trámite, hay mucha gente que prefiere contratar a alguno de esos gestores, que los abordan antes de entrar al centro administrativo y que les ofrecen hacer el trámite por ellos. Aparentemente, para esas personas es más fácil entregar sus documentos a algún intermediario que lidie con la burocracia que aprender el procedimiento que implica su trámite y así se evitan manejar situaciones más complicadas.

3.2 La Biblioteca Dr. Jaime Torres Bodet

En alguna ocasión, les encomendé a mis alumnos de preescolar la tarea de visitar una biblioteca; ahí, debían buscar un cuento y que lo leyeran con sus padres. Los niños escogerían el ejemplar y, como evidencia de su visita, tendrían que retratarse en dicho lugar. Varias fotos mostraban la sala de lectura infantil de la Biblioteca Jaime Torres Bodet; parecía divertida. Estaba adornada con varios papeles de colores y los libros captaban toda la atención de los niños. Ese lugar,

que reflejado en las fotografías, tenía mucha vida, no coincidía con mis recuerdos de esa biblioteca.

La colonia Metropolitana, donde se ubica la escuela Frida Kahlo colinda con la colonia Benito Juárez, ahí se encuentra la Biblioteca Jaime Torres Bodet; esta, es biblioteca principal de ciudad Nezahualcóyotl. La visité cuando cursaba el nivel medio superior, entonces, buscaba información sobre un tema. Recuerdo que ese día no encontré lo que necesitaba ni me entusiasma investigar sobre cualquier tema. No volví a visitar esa biblioteca hasta cierto miércoles de septiembre de 2013 para realizar una entrevista al encargado del lugar.

Durante aquel miércoles, me dispuse a realizar esa entrevista. Llegué a la biblioteca caminando por la avenida Chimalhuacán. Desde ese punto el lugar no me pareció tan fuera de lo común ya que este edificio de tres niveles es uno de los más representativos de esta vía principal.

Antes de entrar por el acceso principal de la biblioteca, hay una pequeña explanada. Una vez adentro del recinto, me encontré con la librería del Fondo de Cultura Económica, un tanto pequeña, pero con vitrinas suficientemente grandes para exhibir los cuentos infantiles. También, se divisaba una mesa con figuras pequeñas hechas de metal; entre ellas había un caballo con su jinete, una locomotora, varias siluetas humanas y de las paredes colgaban varias pinturas.

Se acercaba la conmemoración de la Independencia de México, y en el segundo piso de la biblioteca me encontré con una pared forrada con papel verde, blanco y rojo, estos formaban la bandera de México. Encima de los papeles había dibujos de varios personajes históricos y muchas banderas de nuestro país en miniatura hechas de papel.

Al entrar, pronto recordé mi primera visita a la biblioteca. Era un lugar muy frío con mesas de madera y sillas de metal. A mi lado izquierdo, se encontraba el vigilante, quien lucía muy serio y malhumorado; asimismo, me pidió de manera poco amable que me registrara. Junto a él, se encontraba una mujer detrás de un escritorio ordenando papeles, a quien le manifesté el motivo de mi presencia en ese lugar.

Mientras me indicaban qué debía hacer, volteé a mi derecha donde estaba la sala infantil; un lugar que parecía estar fuera del contexto tan frío de la biblioteca. A primera vista esta sala llamaban la atención sus colores, sus adornos, varias mesas y sillas pequeñas; dos niños sentados recibiendo instrucciones de alguna trabajadora de la biblioteca y otros adultos, que imaginé que eran los padres de los chicos.

A excepción de todo el lugar, la sala infantil me pareció un espacio muy adecuado para que los maestros utilicemos estos recursos, que están fuera del ambiente escolar para acercar a los alumnos a diferentes textos, pero esto también resulta un tanto difícil porque se requiere de la participación de los padres de familia, que en estos tiempos se ha complicado cada vez más.

La señorita Ivonne fue la persona designada para contestar mis preguntas. Conforme la charla avanzaba, notaba que la impresión que yo tenía de ese lugar no era tan infundada, y que tal vez para muchas personas que algún día visitaron el lugar les pareció lo mismo que a mí y decidieron que el lugar no era tan funcional ni agradable para estudiar.

Ivonne me platicaba que desde un principio el lugar fue designado para la biblioteca, pero conforme transcurriendo los años se le fueron restando espacios. Los materiales de consulta también se redujeron y ahora ya eran viejos y poco atractivos para los jóvenes que, según la señorita Ivonne, son los que en su mayoría visitaban la biblioteca, sobre todo para hacer sus trabajos en equipo.

Me resultó muy interesante saber que en la biblioteca había actividades especiales para los niños, como el Círculo de lectura o La hora del cuento. Creo que para los próximos ciclos escolares averiguaré que eventos de este tipo estarán programados para invitar a mis alumnos a participar, y no sólo quedarnos con la lectura del salón de clases o la que se manda de tarea para su casa.

Es tarea de los docentes, hacerles ver a los chicos que las bibliotecas son sitios importantes donde pueden acercarse al aprendizaje, ya que la preferencia por usar el internet como medio de consulta, le ha restado público a estos lugares. En particular a la biblioteca de nuestra ciudad. Para ser sincera, yo también preferiría meterme a navegar en internet para la búsqueda de cualquier tema; sería mucho más cómodo y rápido (aunque en ocasiones no tan certero como la indagación en los libros), que entrar a una biblioteca opaca y obsoleta como la Torres Bodet, arriesgándome a invertir tiempo para finalmente no encontrar nada.

Por otra parte, si este espacio de cultura no ha sido aprovechado como debería es porque las autoridades del municipio han tenido su parte de responsabilidad (si no es que la mayoría) al quitarle vida a este lugar. La Biblioteca Torres Bodet ha tenido terribles descuidos por parte de las diferentes administraciones de la ciudad ya que lejos de promoverla e invertir presupuesto en ella, la han hecho cada vez más insignificante.

La Biblioteca Torres Bodet se fundó en 1987 y forma parte de los edificios más representativos de la ciudad como dijo Ivonne, mi entrevistada. Con cada cambio de gobierno los espacios de la biblioteca se han reducido, hasta ocupar sólo un

nivel del inmueble y compartirlo con la sala infantil, con poca variedad en los materiales de consulta y la búsqueda de datos todavía sin ser digitalizada.

3.3 El café internet

Para muchas personas la computadora es parte de su trabajo, de la escuela, del tiempo de ocio; en fin, de la cotidianidad. Así es para mí. Ni siquiera cuando estuve en el bachillerato hubiera imaginado todo lo que ahora sé y lo que no sobre el manejo de una computadora ni todo ese mundo que ofrece internet, del cual sólo he visto una pequeña parte. Aunque son cada vez más las familias que disponen de una computadora en sus hogares, los negocios de renta de computadoras han proliferado en ciudad Neza. Muchos de ellos cuentan con bastante clientela, por lo general, son jóvenes.

La primera vez que acudí a un café internet me acompañó Cristina, mi amiga de la universidad. Ella era menor que yo y su habilidad para manejar la computadora me sorprendía. En ese entonces, me provocaba inseguridad el simple hecho de encenderla. Y si Cristina era bastante buena manejando la computadora, el chico del ciber-café lo era más. Ese día nos ayudó a formatear nuestro texto e introducirle imágenes de varios tamaños.

Con gran facilidad el encargado del local tomaba el *mouse* y, con unos cuantos clics, las letras y las figuras cambiaban rápidamente. Me daba miedo que en uno de esos cambios nuestro trabajo de varias horas desapareciera, pero no fue así. Cristina y yo salimos del lugar con una gran sonrisa y con nuestro trabajo impecable. Yo, por supuesto, sentía muchas ganas de aprender más sobre la computadora.

En mi opinión, los niños y jóvenes, han explotado muy poco todo el potencial que tiene una computadora y otros aparatos electrónicos como la *tablet*, que ha adquirido mucho auge entre ellos y varios ya cuentan con este aparato. He visto a Ximena, la hija de mi amiga Cristina de apenas 8 años, bajar juegos y programas de internet e instalarlos en su dispositivo. No sé si esta forma de acceder al conocimiento, que proporcionan las nuevas tecnologías sea la mejor para los chicos, pero es la que más les gusta.

Lesly, propietaria de un café-internet cercano a la escuela Frida Kahlo, me comentaba que principalmente los jóvenes y niños acuden a su local para realizar búsquedas en internet y realizar trabajos escolares. También me decía que la mayoría de los adolescentes consultan las redes sociales, en especial facebook y que los niños, por su parte, preferían los juegos.

Antes de que abriera mi cuenta de facebook, muchos de mis alumnos ya lo habían hecho. Varios de mis estudiantes de segundo grado de primaria y otros de grados más avanzados me enviaron solicitudes de amistad. Me sorprendió que a su edad se hubieran registrado en esta red social porque yo tenía entendido que era para jóvenes y adultos.

Un día, durante la clase con los alumnos de segundo grado, se expuso el tema sobre esta red, por tanto, le pregunté a Zarita, la alumna más extrovertida de su grupo, que si tenía “face”; ella respondió con bastante seriedad: “sólo para mayores de dieciocho”. En ese momento, advertí que seguramente la mamá de Zara tenía más control sobre lo que la pequeña revisaba en internet, en comparación con el resto de los papás.

Muchos de mis alumnos, a los que había agregado como amigos en esta red social, me enviaban mensajes mediante el chat. Enseguida notaba que escribían con muchas faltas de ortografía, aunque lo más seguro era que supieran utilizar el corrector ortográfico del sistema. En varias ocasiones, recibí mensajes de mi ex alumno de primero de primaria, Emilio. Ahora ya cursaba el tercer grado.

Recuerdo que Emilio siempre iniciaba la conversación con un “hola”. Luego de responder a su saludo, me escribía “ke ace”. Esta mezcla entre el lenguaje descompuesto, que utilizan muchas personas, en los medios electrónicos y las faltas de ortografía presentes en lo que Emilio me escribía, me hacía pensar que debía hacerle ver al niño la manera correcta de escribir esas palabras. Pero el contexto de la comunicación que estaba entablando con él, no me parecía adecuado para hacerle esas observaciones, así que decidí continuar con la plática.

A veces, notaba cierto vacío en las conversaciones que tenía con mis alumnos en el chat. Retomando el caso de Emilio, él me contaba de manera burlona y en renglones cortos acerca de las situaciones que ocurrieron con sus compañeros. Mi intención era dirigir nuestra charla a cuestiones más sustanciales, haciéndole preguntas sobre las impresiones que tenía de los temas de sus clases, pero él mostraba poco interés y prefería contarme sobre los líos de sus compañeros. A mi parecer, a estos chicos les tocó nacer y vivir en la era de la cultura electrónica; sólo han sabido sacar provecho de la parte más superficial de la tecnología.

Era claro que internet era una fuente de investigación útil y atractiva para que buscaran información e interactuaran con ella. Así que en varias de sus tareas escolares, debían indagar sobre algún tema en internet. Muchos, traían una hoja impresa tal cual la encontraron; en contraste, otros se daban el tiempo para estructurar la información, no obstante, lo más seguro es que algún adulto les

hubiera ayudado. Como me contó Lesly, según ella, la mayoría de los niños hacen sus trabajos escolares en un café-internet, acompañados por alguna persona mayor, que generalmente es quien realiza el trabajo. Además, en constantes ocasiones, solicitan su ayuda para elaborar el trabajo.

Mis alumnos de preescolar llevaban la materia de computación. Un día, subí hasta el laboratorio donde el maestro Omar les impartía la clase práctica. La mayoría de ellos trabajaban en una computadora, de manera individual. En las pantallas aparecía un juego, donde los chicos arrastraban objetos dependiendo del color marcado por la instrucción, tanto escrita como hablada. Todos los niños realizaban la actividad sin ningún problema; también, manipulaban el ratón hábilmente.

Mucho de lo que los chicos en edad preescolar saben hacer en la computadora no forzosamente requiere de haber aprendido a leer y escribir, puesto que no es necesario descifrar las palabras escritas; tal vez por eso el acceso a este medio sea muy fácil para ellos.

3.4 El puesto de periódicos

Es típico de las actividades escolares llevar un periódico al menos una vez en algún grado. Recuerdo que con mis alumnos de primero y segundo de primaria, me vi en aprietos cuando les pedí que llevaran un periódico para que revisáramos su contenido en clase; la mayoría de ellos traían a los que muestran imágenes de crímenes, accidentes y pornografía.

Me encontraba en una disyuntiva ya que no sabía qué era peor, si el desorden que se generaba cuando hojeaban los periódicos y hacían todo tipo de comentarios o que observaran escenas inapropiadas para su edad, desde mi punto de vista. Como maestra, me negaba a “perturbar su inocencia”, por tanto, culpaba a los padres. Les preguntaba que si leían eso en casa; asimismo, hacía hincapié en que no era posible que sus papás utilizaran este tipo de material para que realizaran las tareas escolares.

Cuando los niños observaban esas imágenes tenían reacciones diversas. Recuerdo a mi alumna de primer grado, Génesis, arrugaba su nariz y su frente, cuando su compañera Karla le mostraba la fotografía de la primera plana; se trataba de una persona muerta y ensangrentada. Mientras a Génesis le causaba asco la escena, a Karla le provocaba risa.

Otra de mis alumnas, Paola, no perdió la oportunidad de acusar a sus compañeros Luis Daniel y Emilio por haber observado, según ella, “mujeres desnudas”. Cuando ambos compañeros la escucharon, cambiaron de hoja rápidamente y me miraron bastante asustados. Esto, me causó gracia, mas no lo demostré, sólo les indiqué

que continuaran con la actividad que estábamos realizando. Aprendí de esta experiencia, así que en años posteriores especificaba que debían llevar el periódico *El Universal*, pues esta publicación no muestra ese tipo de contenido.

Los periódicos “alarmistas” se encuentran en cualquier puesto de periódicos, tal es el caso del que se encuentra cerca del colegio Frida Kahlo, sobre la avenida Sor Juana. Cierta día, entrevisté a la dueña de dicho puesto; observé que *El gráfico*, *La prensa* y otro tipo de publicaciones, los cuales muestran escenas violentas eran los que abarrotaban el exhibidor. Argumentó que la venta en general es poca, no obstante, los periódicos como esos eran los más demandados entre sus clientes.

Dicho puesto, gozaba de gran variedad; por ejemplo, se encontraban revistas para niños y niñas, mujeres, hombres, adultos; algunas científicas, financieras, y las de espectáculos. La más vendida era *TV Notas*, la preferida de las mujeres y los jóvenes y, al parecer, también de ella porque la estaba leyendo cuando me acerqué a su lugar de trabajo.

La señora también agregó que los niños, de igual manera, le compraban revistas. Cuando mencionó eso, recordé que este era un material de lectura que mis alumnos llevaron al salón de clase varias veces. Para ellos sólo era una diversión y un esparcimiento. Las niñas, generalmente, llevaban revistas de espectáculos donde aparecían actores y cantantes de moda, que no reconocía, pero ellas sí.

Citlali, mi alumna de segundo grado, aún no aprendía a leer, pero era capaz de narrar la secuencia de imágenes que aparecieron en una revista. Dichas imágenes, eran acerca de un programa de televisión llamado la “CQ”. Citlali no leía la explicación que aparecía debajo de cada fotografía; sin embargo, me explicó claramente la escena, a partir de lo que ella había visto y entendido con anterioridad en el programa.

En mis grupos de primero y segundo de primaria, me gustaba agregar revistas a la biblioteca del aula. Algunas las llevaba yo y otras las donaban los alumnos. Les pedía que de tarea llevaran alguna revista científica o especializada en algún área para ser donada a la biblioteca del aula. La mayoría traían revistas nuevas. Me imaginaba a los papás de mis alumnos acudiendo al puesto de periódicos en busca del ejemplar para cumplir con la tarea. Las favoritas de este tipo de temas son *Muy Interesante*, *National Geographic* o *Conozca Más*.

Conforme fueron pasando los ciclos escolares la biblioteca del aula se fue enriqueciendo. Muchas revistas se descontinuaban porque estaban maltratadas y les faltaban hojas. Una de esas revistas fue la que donó Leonardo, uno de mis alumnos de primer grado, la cual estaba especializada en el tema de los perros.

Esa publicación les encantaba a la mayoría de los niños y cuando querían verla, solicitaban el permiso a Leonardo; a pesar de que la revista formaba parte del salón, él era muy celoso cuando alguien la tomaba.



Frase escrita afuera de una escuela pública de la colonia Metropolitana

Cuando saqué la revista de perros del librero, mis alumnos de segundo grado ya la conocían; muchos preguntaron preocupados por ella cuando no la encontraron. “¿Y la revista de perritos?”, fueron tan insistentes que debí repararla y regresarla a su sitio.

Cuando les solicitaba a mis alumnos que llevaran alguna revista no reparaba en la economía de sus papás. Era probable que muchos de ellos protestaran al momento de comprar el material. La señora del puesto de periódicos, antes citado, mencionaba que las revistas no se vendían mucho por su alto costo y que no todos estaban dispuestos a pagarlas. “Ni las maestras quieren pagar 45 pesos por la revista de Maestra de Preescolar o de Primaria” —dijo—.

Cuando era niña y asistía a la primaria, me encantaba comprar los cómics de *Video Risa*. Aunque no teníamos mucho dinero, siempre me alcanzaba para comprar la nueva publicación de mi cuento favorito. Tal vez se debía a la época y, como dicen muchas personas, “ahora ya no es como antes y que no alcanza para nada”, pero, a mi parecer, si los padres de mis alumnas podían comprar revistas, como las de Disney Princesas o de Disney Hadas también existía la posibilidad de comprarles alguna revista científica.

3.5 La escritura y lectura en las calles

Cuando uno es niño y aún no sabe leer, puede intuir el mundo de las letras y lo que intentan decir. Lo sé porque he observado a los pequeños en el transporte público, cuando se distraen con ese interminable desfile de palabras y grafías, que tapizan las avenidas de ciudad Nezahualcóyotl. Sin leer el nombre de los establecimientos, esos chicos distinguen qué productos se vende en la tienda, la panadería o la farmacia.

También, para los niños en edad preescolar, esos espacios atraen su atención, una vez que empiezan a comprender la lógica del sistema de escritura. Recuerdo al papá de Naida, mi alumna de preescolar, comentarme que cuando regresaban

a casa, la niña no dejaba de observar y señalar los letreros en la calle, además de leerlos. “Primero no quería leer y ahora no hay quien la calle” —decía el señor—.

En la avenida Sor Juana existe un sinfín de letreros y anuncios de todo tipo con letras y colores muy variados. A donde quiera que uno volteé se encuentra con nombres de establecimientos, tanto de pequeños negocios como de empresas de renombre. Muchos de estos establecimientos son tan conocidos por los ciudadanos que los usamos como referencia para ubicar algún lugar. “Junto a El Globo” o “en la esquina del Kentucky” —decimos—.

Las pintas y grafitis en las paredes de las casas y establecimientos también son muy representativos de esta avenida. Me sorprende la manera en que trazan esas letras. Las dibujan sin ningún molde, pero son tan precisas como si pertenecieran a algún formato de letra de una computadora; la única diferencia es que la letra de la computadora sí se entiende, pero no las vistas en la pared, las cuales carecen de significado para mí. Esto tal vez les ocurría a mis alumnos de tercero de “prepri”, al ver tantas palabras que aún no descifraban, sabían que tenían un significado, pero necesitaban contextualizarlas para comprenderlas.

Cuando abordamos el tema de los servicios en mi grupo de preescolar, los niños dibujaron y escribieron el nombre de los establecimientos de la colonia. Muchos de mis niños dibujaron el hotel que se encuentra en la esquina de la calle de la escuela, escribieron el nombre del lugar con mayúsculas, tal cual se puede observar desde la calle. Lo mismo pasó con el Oxxo y la Bodega Aurrera; incluso hubo quienes intentaron escribir otros textos como son las ofertas. Pensé en corregir la escritura, indicándoles cuándo debían escribir con letra mayúscula y cuándo con minúscula, pero no lo hice porque ellos así lo habían leído.

Caminando unos cuantos pasos, muy cerca de la escuela Frida Kahlo, sobre la avenida Sor Juana, se encuentran las Oficinas Administrativas de la ciudad y a su alrededor toda clase de anuncios con palabras, que resultarían desconocidas para mis alumnos del kínder. Por ejemplo, una factura, un oficio o un trámite. A mi parecer, si ellos transitaban por ahí leerían otro tipo de textos, los cuales no están integrados en sus libros de letras, pero sí de contextos de su comunidad.

Para un chico que se está iniciando en el universo de las letras, entenderá de manera textual algo que ha leído sin ser socializado, sin contemplar los matices y sentidos que se pueden desprender de alguna idea. Al parecer, eso ocurrió con mi alumno de primer grado. Héctor comentaba que Peña Nieto ya había ganado y que era presidente cuando aún no se celebraban las elecciones; sus compañeros rápidamente lo corrigieron y Héctor argumentó que así lo había creído, puesto que

en la avenida vio la fotografía, del ahora presidente, con la frase que decía “Peña Nieto, presidente”.

3.6 La alfabetización inicial y el mundo fuera del aula

Cuando asumí la responsabilidad del grupo de tercero de preescolar en la escuela Frida Kahlo, me fijé como meta cumplir con uno de los objetivos de aprendizaje más importantes, se trataba de que los niños aprendieran a leer y escribir. La adquisición del lenguaje escrito, básicamente, correspondía a palabras y oraciones que se ejercitaban en el libro de letras. Oraciones, como “La rana rema”, “Sube al bote de vela” o “El apache usa penacho”.

En ese entonces, no me percataba del verdadero propósito del aprendizaje de la lengua escrita. Lo que yo entendía era que, en tanto mis alumnos leían esas letras y oraciones de forma clara y precisa, se estaban alfabetizando. Existía una interacción con los niños y su libro de texto; en verdad estaban aprendiendo a leer y escribir. Sin embargo, estas frases, que practicaban a diario en el libro y la libreta, estaban un tanto alejadas de su realidad, realmente no había un propósito claro de para qué les servirían, menos aún como se relacionaban con su mundo, no sólo el que correspondía a la escuela, sino el que encontraban en las calles de la localidad y en la casa.

Reducir el aprendizaje de la lengua escrita a la escuela, por ser el lugar para promover el conocimiento, a partir del seguimiento de contenidos alejados del mundo real, es olvidarnos de las funciones del lenguaje en la vida social de los niños. Como maestros debemos aperturar todo aquello que forma parte de las experiencias reales de escritura y lectura, que los chicos de preescolar han tenido a su corta edad. En sus hogares y en la ciudad se escribe y se lee en contextos determinados, con propósitos y con destinatarios específicos.

Los chicos, al encontrarse en la etapa del preescolar, ya están familiarizados con varios de esos textos que encuentran en espacios no escolares, los conocen y los han explorado, reconocen de su estructura. Un anuncio publicitario, un cartel, una pinta, los letreros, están ahí, disponibles para ser leídos y entendidos. Son ideas que se presentan completas, no divididas en sílabas y sonidos; los niños intuyen que esas frases tratan de decir algo y que son de interés para ciertas personas.

Aquellos espacios generadores de lectura y escritura deben ser integrados a la dinámica de trabajo del docente. La escuela debe de reconocer y aprovechar lo que transcurre fuera del salón de clases donde las letras toman sentido, al responder a necesidades de estos chicos y de las demás personas que los rodean.

4. HISTORIA DE LA ESCUELA FRIDA KAHLO

4.1 La decoración

El primer día que estuve en el Liceo *Frida Kahlo Calderón*, noté que era un lugar muy particular. Ese día no pasé más allá de la dirección que se encontraba inmediatamente después de la puerta de entrada. Una maestra muy amable me indicó que entrara y me sentara en unas sillas (bastante cómodas) ubicadas al inicio de un pasillo largo; mientras esperaba mi entrevista, los objetos que se encontraban en ese pasaje oscuro y un tanto estrecho hacían que me centrara en ellos.

Una gran cantidad de muñecos de trapo pegados en las ventanas de los salones (la mayoría acomodados en parejas), un par de sillitas de madera de colores colgadas del techo, marcos colocados en las paredes que ilustraban algo y que despertaban en mi curiosidad por saber qué contenían. Sólo conocí poco de la historia de un cuadro que



Pasillo principal de la Escuela Frida Kahlo

estaba frente a mí. Tenía un documento viejo, al parecer era una carta, la cual estaba escrita en manuscrita y desde mi posición no se lograba leer.

Pronto ingresé a la dirección, ahí, el estilo de la decoración se repitió. Cuadros colgados por todas partes, muchos de ellos mostraban la imagen de Frida Kahlo. Toda clase de muñequitos hechos de varios materiales, como porcelana o tela, velas, algunos retratos, y un librero del tamaño de la pared repleto de libros; todo estaba perfectamente acomodado y limpio. Creo que nunca había estado en un lugar parecido, era difícil centrar la mirada en un solo objeto o en la persona que me estaba entrevistando.

En ese momento no me preguntaba por qué era tan exagerada esa decoración. Me bastó unos días conocer a la directora del plantel para entender ese concepto exuberante y pomposo del lugar.

4.2 Las instalaciones

En apariencia, el colegio Frida Kahlo no era muy grande. Ocupaba cuatro predios del mismo tamaño que el de una casa de los alrededores. Sus patios eran

pequeños, en comparación a los de una escuela de gobierno. Por ejemplo, la escuela donde cursé primaria tenía por patio una explanada enorme. A ese gran espacio lo rodeaban salones de primero, cuarto y sexto grado, aparte de la dirección. Además, se encontraba una barda larguísima. En sus afueras, había una tienda Conasupo, el mercado y un terreno lo suficientemente extenso para construir una secundaria. Todas las escuelas particulares de ciudad Neza que conozco, se han construido en lo que antes eran casas habitación, lo que ha brindado cierta variación al paisaje, ya que es común encontrarse, por lo menos una escuela de este tipo.

Comencé a trabajar en la escuela Frida Kahlo en 2009, para ese entonces la escuela ya había cumplido 15 años desde que se fundó; así me lo hizo saber la maestra Delia, cuando me contó la historia de la esta escuela. Ese día nos reunimos en un restaurant de la avenida Zaragoza, cerca de donde ella vive. Acordamos vernos fuera del horario de clases para evitar interrupciones. Aparte, actualizaríamos las noticias de nuestra vida ya que además de haber sido compañeras de trabajo, manteníamos una amistad muy fraternal.

Le pedí a Delia que me contara la historia de la escuela porque ella y la directora fundaron el colegio. Me parecía que la maestra Delia le tenía un particular cariño a la institución. Aunque no era propietaria del lugar, lo sentía suyo, se preocupaba y participaba en muchos asuntos de la escuela, creo que era esa parte que equilibraba el propósito educativo del colegio y los beneficios financieros que representaba el negocio de la educación.

Cuando ingresé al colegio, había grupos desde primero de kínder hasta sexto de primaria, pero esto no siempre fue así, pues en sus inicios sólo contaba con cuatro grupos de preescolar. En los primeros ciclos escolares, la maestra Delia impartió clases al grupo de kínder II, únicamente a cinco alumnos de 27. En años posteriores, aumentó, de manera considerable, la población de alumnos y, a su vez, se realizaron los debidos ajustes a las instalaciones. Los padres de familia deseaban que sus hijos continuaran estudiando en esa escuela; esto motivó, tanto a la directora como a Delia, a ampliar los horizontes de la institución.

Durante el tiempo que ahí trabajé, noté que los papás tenían al colegio bajo un concepto de exigencia y trabajo duro para los alumnos ya que clases, como danza, música, inglés, computación, artes plásticas, robótica, eran un aliciente para considerarla un buen colegio. En cambio, la primaria donde estudié, a “duras penas” tomábamos las clases que marcaba el plan de estudios. La danza y las manualidades se realizaban en ocasiones especiales, como el Día de las Madres o para el cierre del ciclo escolar. Clases como inglés y computación eran un sueño.

A través del tiempo, presencié cómo se expandía la escuela donde trabajaba. Al segundo año de mi estancia, se compró la casa que estaba junto a ella. La construcción de este predio se planificó, desde sus cimientos, para que funcionara como una escuela. El resto de la propiedad parecía un laberinto. Aunque se realizaron cambios, el colegio conservaba ese aspecto característico de las casas adaptadas para salones y oficinas. Había varias escaleras que se conectaban con los pasillos, patios y salones; era común encontrarse en alguna parte del colegio a los papás, que por alguna razón nos visitaban, desorientados en aquel enredo.

Durante los seis años que estudié la primaria, no observé cambios importantes en el interior de mi colegio, pero sí en su entorno. Tal vez cursaba cuarto de primaria, cuando al noroeste y sureste del colegio se observaba demasiado movimiento. Durante las clases se escuchaban ruidos lejanos de motores funcionando, silbidos y gritos de personas; se estaban construyendo las dos secundarias, que en los años posteriores estarían recibiendo a los egresados de mi primaria; muchos de ellos de mi generación.

Me hubiera gustado ingresar a una de esas secundarias, con tal de no haber ido a la que mi mamá me inscribió. La secundaria oficial número 114, *Rafael Ramírez*, que se localizaba por el metro San Antonio Abad. Mi mamá decía que ahí había otro ambiente y que al egresar tendría mayores posibilidades de ser aceptada en la preparatoria de la UNAM. Cuando presenté mi examen de ingreso a la educación media superior para dicha institución, no fui aceptada y corrí con la misma suerte con las escuelas del IPN (Instituto Politécnico Nacional).

Estaba cansada de los trayectos largos, desde mi ciudad hasta el DF para ir a la secundaria. Tal vez, ese era el motivo por el cual inconscientemente rechazaba la idea de estudiar en la UNAM o en el “Poli”, porque sabía que si ingresaba a cualquiera de esas prestigiadas instituciones tendría que lidiar con las peripecias de viajar en el metro y en los microbuses.

Por eso, decidí estudiar en el Colegio de Bachilleres de Nezahualcóyotl. También hice examen para poder ingresar a esta escuela, pero mi ánimo era distinto al que sentí en mis intentos anteriores por entrar a las otras instituciones. Pensaba que mis amigos también pertenecerían a la misma localidad y que llegaría muy rápido a la escuela, sin la tensión que me provocaba el tráfico y los atrasos del metro.

4.3 La directora

Cuando finalizaba el ciclo escolar en la escuela Frida Kahlo, adornábamos las mesitas de los salones de preescolar con un sinfín de materiales didácticos para que los visitantes los admiraran, y así inscribieran a sus hijos. En particular, me atraían mucho unas piezas de madera pintadas de varios colores; había de varias

figuras geométricas, sus tamaños eran muy variados y me agradaba acomodarlas y formar construcciones con ellas. Durante ciertas charlas con la directora, nos comentaba que ese material, y muchos más, lo elaboraron en una carpintería cuando estudió la carrera de Educación Preescolar en la escuela Bertha Von Glumer.

Muchas veces nos contó sobre las condiciones en que terminó su carrera y cómo decidió crear su propia escuela. Decía que mientras a sus compañeras de la licenciatura sus padres las apoyaban económicamente, ella tenía que trabajar como costurera haciendo crinolinas. Al egresar de la carrera trabajó en una primaria donde no le gustaba cómo la trataban, así que ella y su esposo decidieron montar una escuela. Se expresaba con mucho orgullo de que había sido la primera en tener un jardín de niños, en comparación a todas sus compañeras, quienes se burlaban de ella porque era la “pobrecita de Neza”.

Entre la maestra Delia y la directora, Norma, quienes eran hermanas, “se aventaron el paquete” de echar a andar la escuela. Me sorprendía la visión de Delia, pues pensaba en todo y parecía que iba un paso más adelante que los demás; tuve esa sensación durante los años que trabajamos juntas. Respecto a la directora, tanto a la maestra Nancy alias “la psíquica” como yo, la considerábamos como una persona que “tiene estrella”. Era capaz de cambiar el estado ánimo de las personas, por ejemplo, si uno de los padres de familia llegaba molesto, ella lo tranquilizaba con sólo una charla. La directora decía que no era bruja, pero que sí “amansaba fieras”.

La directora era como su escuela: llamativa, ostentosa. Asimismo era en su carácter y en su forma de vestir. Decía que “hasta el molcajete se colgaba”, refiriéndose a un collar que a veces utilizaba, el cual tenía varias figurillas en forma de molcajete. Siempre hacía reír a los niños y a los maestros. Cuando comencé a trabajar en este lugar, casi todos los días entraba a los salones a saludar a los alumnos; en ocasiones, les prometía un dulce, que no siempre llegaba. Al paso del tiempo, abandonó esa actividad y yo de acostumbrarme a que no interrumpiera mi clase diciendo con ese vozarrón: ¿cómo están, chaparritos?

El personaje favorito de la directora era Frida Kahlo, coleccionaba todo lo que encontraba de ella, desde una hoja de alguna revista que hablaba de la pintora o cualquier objeto alusivo a Frida. Con todo eso adornaba la escuela. Decía que la mayoría de los ornatos habían sido obsequiados, en su mayoría por los niños y padres de familia que notaron su afición. La maestra Delia me contó que le sugirió a la directora que registrara a la escuela primaria con el nombre de la mujer que tanto admiraba. Por ello, en el 2001 su primaria fue dada de alta ante la Secretaría de Educación como *Liceo Frida Kahlo Calderón*.

5. MI PRIMER DÍA EN FRIDA KAHLO

5.1 La avenida Sor Juana

Las avenidas principales en ciudad Nezahualcóyotl son *Sor Juana Inés de la Cruz*, mejor conocida como “Sor Juana” ; *Adolfo López Mateos*, alias “La López”; *General José Vicente Villada*, apodada “Villada”, entre otras. Los lugareños solemos llamar a la Av. Chimalhuacán o a la Pantitlán como “Chima” y la “Panti” respectivamente; ya sabemos a qué nos referimos.

El aspecto de estas avenidas puede variar dependiendo de la hora en que se transite. “La López”, la Chimalhuacán y la Pantitlán son muy populares. Ahí, encuentras productos y servicios de cualquier tipo, desde una clínica de altas especialidades hasta una tienda donde venden tornillos y tuercas. “La López Mateos”, en particular, es una zona “azulejera”, está invadida de establecimientos especializados en la venta de mosaicos y losetas; es difícil caminar por ahí sin que se antoje remodelar la casa. La avenida “Sor Juana” y “La Villada”; a mi parecer, son muy similares, no poseen tantos comercios, más bien, se observan más las casas habitación.

Después de las siete u ocho de la noche, la apariencia de estas vialidades cambia. Las fachadas de los negocios cierran y aparece otro tipo de ambiente. Bares y puestos de comida acompañan a la noche. Lo que no cambia es la Glorieta de Sta. Cecilia donde, a cualquier hora que se atravesase por ahí, se ven los grupos de mariachis ofreciendo sus servicios.

La avenida “Sor Juana” es la más cercana a mi casa, me conecta con la avenida Zaragoza, la cual me conducía hacia el Distrito Federal. Estudié Psicología Social en la UAM-I (Universidad Autónoma Metropolitana, campus Iztapalapa). Durante mis traslados a la universidad, observaba un jardín de niños cuya fachada mostraba a unos niños tomados de las manos y luciendo felices; en la parte inferior de este dibujo se encontraban unos triángulos verdes, que simulaban pasto. Jamás imaginé que mi vida relacionaría con aquel sitio por casi cuatro años.

Algunas veces mi paso coincidió con la hora de entrada a esa escuela. Los pequeños portaban uniforme verde muy tenue; me causa gracia ver las mochilas tan pequeñas de los niños. En ese entonces, no pensé que estaría ligada a ellos como su maestra. Me interesaba la educación, pero no para desenvolverme como docente. Diez años después me encontraba en el Liceo Frida Kahlo Calderón entregando mi currículum y aspirando a un puesto como profesora. Ahora, la fachada ya no lucía igual, no estaban los dibujos de los niños felices y la pared era totalmente blanca; el pasto triangular fue sustituido por una franja verde ancha.

5.2 La llegada al salón

La cuñada de mi hermano trabajaba como maestra de segundo año de preescolar en esa escuela, debido a su recomendación ingresé a laborar a la mitad del ciclo escolar, en tercero de kínder. La maestra en turno estaba por renunciar y yo ocuparía la vacante. En mi primer día de trabajo, no tomé de inmediato el grupo asignado. La idea era que otra de las maestras me “entrenara” porque carecía de experiencia para dar clases de preescolar. Nunca lo negué, sentía gran incertidumbre y me aterraba estar en un salón lleno de niños de cinco años de edad. No sabía cómo proceder, y sobre todo ¡cómo les enseñaría!

Tenía una experiencia sobre el aprendizaje en niños de preescolar. Mi sobrino, Alexis, por casualidad cursaba el mismo grado al que le impartiría clases. Algunas tardes lo apoyaba con sus tareas; sin embargo, fue difícil lidiar con sus berrinches y su indisciplina. Según yo, las planas de “palitos y bolitas” las realizaría en “un dos por tres”; además, los renglones donde debía escribir ya estaban señalados. Me enfadaba si no trabajaba, pues sólo tenía que hacer 11 ó 12 renglones, aunque a veces era una hoja completa.

Algo que mi sobrino sí disfrutaba era recortar las palabras y los dibujos de las actividades asignadas. Insistía en que iluminara muy bien todos los esquemas, lo cual hizo pocas veces. Él quería terminar pronto, sin importarle la calidad de su trabajo. A fin de cuentas, terminaba la tarea después de haber aplicado distintas estrategias; muchas de ellas nada pedagógicas. Por ejemplo, le ofrecía una recompensa, o accedía a la condición de que sólo trabajaría si dejaba encendida la televisión.

Me percaté de que mi desempeño para enseñar a varios niños de la edad de mi sobrino, debía ser demasiado creativo e innovador, como nos lo hicieron ver a lo largo de la carrera, sin embargo, al llegar a la práctica modifiqué muchas de mis ideas acerca del papel como docente. El hecho de que una de las maestras, Paty, me capacitara me reconfortaba. Sólo necesitaba un ejemplo de cómo enseñar, así, contaría con las herramientas necesarias para desenvolverme.

Ese primer día, entré directamente al salón de la maestra, que llegaría media hora después. Sólo había unos cuantos niños. Eran las 8:00 am y las clases iniciaban hasta las 8:30. Al entrar a ese salón largo y angosto de inmediato me senté en un banco que estaba junto al escritorio de la maestra. Los saludé con una sonrisa. Noté que vestían esos uniformes, así que recordé cuando observaba, desde el transporte, a los niños de aquel entonces con estos mismos uniformes entrando a la escuela. Mientras me observaban con cierta extrañeza yo fingía no verlos, pretendiendo mirar a los carteles que tapizaban las paredes del salón.

Vi una numeración, que llegaba hasta 100, escrita con letra y número, impresa en un pliego de papel pellón. También había varios dibujos de unos objetos, acompañados de la consonante con la que iniciaba su nombre, tanto en mayúscula como en minúscula. Por ejemplo, al lado de la letra “jota” se encontraba la imagen de una jaula con un periquito dentro; al parecer, estas láminas fueron dibujadas por un profesional. Muy cerca del escritorio estaba pegada una cartulina con los nombres de los niños y la fecha de sus cumpleaños.

No pasó mucho tiempo para que uno de los niños se acercara a mí, por lo que me pareció bastante desinhibido. Era Octavio, siempre me llamó la atención su peinado, el cabello lo tenía tieso por tanto gel y con las puntas hacia arriba que parecían púas. Al poco rato lo siguieron los demás niños llenándome de preguntas como ¿dónde estaba su maestra?, ¿qué si yo era su nueva maestra? o ¿qué hacía en su salón? Conforme transcurrían los minutos, el salón se llenó. Algunos se asombraban al verme, otros actuaban con indiferencia y muchos se unían a los que me rodeaban para escuchar o preguntarme lo mismo que sus demás compañeros. En poco tiempo los alumnos me sitiaron. No sabía si seguir con la charla o mandarlos a sentar. Como no me sentí con la suficiente autoridad, decidí continuar con la plática y empapándome de ese ambiente tan nuevo para mí.

5.3 Los abrazos

La primera clase de ese grupo era computación, impartida por el maestro Omar, quien, al momento, saludó a los niños y la mayoría regresó a su lugar. Sus dinámicas y trato hacía los niños me sorprendieron. Se dirigía a ellos con demasiada familiaridad y sabía el nombre de todos.

Mientras el grupo ocupaba sus asientos, el maestro les preguntó qué se festejaba ese día; la mayoría contestó, de manera eufórica y alegre, “el día del amor”, otros dijeron “el día de los amigos o de la amistad”. Enseguida, el maestro Omar les dijo: “abracen muy fuerte a su amigo”. Nadie se quedó sin que lo abrazaran porque el maestro estaba atento a quienes no recibían un abrazo y decía: ¡abracen a “fulanito”! o ¡abracen a “sutanito”!

Varios chicos también abrazaron al maestro; algunos no lo soltaban y hasta se colgaban de él. En ese momento, mis pensamientos presuntuosos me invadieron. Supuse que el maestro joven y risueño se estaba “luciendo” ante la nueva maestra. Pero, al parecer, pequé de vanidad porque durante mi estancia en esa escuela pocas veces noté enojado al maestro; siempre lucía jubiloso y de buen humor con quien fuera, niños o adultos.

Mientras hojeaba las libretas de Matemáticas, que los chicos habían dejado sobre el escritorio de la maestra para que les revisara su tarea, de reojo observaba lo

que ocurría en el salón. Terminados los abrazos el maestro se sentó en una de las pequeñas sillitas y dijo en voz alta: “ahora la maestra se va a presentar con nosotros y cada quien le puede hacer la pregunta que quiera”. En ese instante, sentí el rostro muy caliente y alcé la cabeza mirando las caritas sonrientes de los niños, muchos ya alzaban su mano para decir su pregunta y otros ya me estaban cuestionando con voz alta y hasta gritando.

El maestro detuvo el desorden y les indicó que preguntaran por turnos. No debía mostrar nerviosismo; esa era la “prueba de fuego” a la que tanto le temía. Debía mostrar seguridad al entablar esa comunicación maestro-grupo. La dinámica del profesor Omar hizo que me percatara de que no debemos fomentar la idea de que los maestros son unos sabiondos y unos rígidos. Por ello, me di valor y me puse de pie ante esos niños, mostrándome como soy.

Los chicos me hacían los mismos cuestionamientos de nuestro primer encuentro, salvo unas cuantas preguntas diferentes. Me preguntaban qué animal o fruta me gustaba, o cómo se llamaba mi mamá y papá. Varios niños hacían la misma pregunta, tal vez porque no se les ocurría algo diferente o porque esa lógica no les parecía errónea.

Aunque eran preguntas aparentemente sencillas, me dejaban ver acerca de lo que ellos sabían, lo que les interesaba y lo que tenían a su alrededor. Como los programas de televisión que veían, algunos lugares en los que habían estado, qué tipo de animales conocían y cuáles eran sus características. Cuando les dije que mi animal favorito era el tigre, dijeron que no era posible tener a un tigre en la casa y dieron una lista bastante extensa de nombres de animales que serían buenas mascotas y por qué sí podrían vivir en una casa.

Las primeras interacciones con esos chiquillos me causaron asombro. La mayoría parecían dinámicos y espontáneos, además de listos. No recuerdo que en alguna de mis clases en el preescolar hubiera ocurrido algo parecido. Generalmente estábamos sentados y la mayoría éramos serios y reservados. Fuera de nuestras lecciones habituales no ocurría nada extraordinario. No recibíamos la visita de algún personaje inesperado, mucho menos teníamos a un profesor como el maestro Omar para llenarnos de afecto o hacernos alguna broma.

5.4 Qué “fácil” es enseñar a leer y escribir

Cuando la maestra Paty llegó, aquello era una verbena, pues los chicos insistían en hacer más preguntas y comentarios. Pronto el maestro Omar tomó control de la situación y comenzó su clase. La maestra Paty me saludó con mucha amabilidad; traté de buscar un rincón para colocarme porque el espacio era pequeño y ella había traído unos bultos. Insistió en que me sentara en el banco que está junto a

su lugar. Me comentó por qué se demoró, mientras revisaba las tareas de los niños.

La maestra Paty me explicaba el procedimiento del trabajo, me indicaba con qué color se debía calificar o dónde escribir la fecha a las páginas; yo observaba el contenido de la hoja, que estaba calificando y de otras más cuando la maestra hojeaba el libro. La estructura del contenido se me hacía familiar. Cuando tuve oportunidad de tomar un libro y revisarlo hoja por hoja, me percaté de que utilizaba la misma metodología que mi libro de la “jirafita”, el mismo con el que aprendí a leer y a escribir, lo cual me hizo pensar que la enseñanza de la lectoescritura era tan fácil como aprenderla.

Para mí, el aprendizaje de la lectoescritura no significó ningún problema, lo dominaba desde los cinco años de edad. Trabajar con la materia de Español en preescolar no parecía ser un reto para el docente de esta escuela; simplemente se debían seguir los pasos marcados por el método fonético-sintético y reconocer las consonantes, además de unirlos con las vocales para obtener sílabas que, a su vez, formarían palabras; luego, la unión de palabras darían como resultado las oraciones.

Hasta ese momento todo parecía sencillo, sólo había que respetar la organización del conocimiento de las letras, un tanto digerido, para facilitarles esa apropiación del lenguaje escrito. No me detuve a pensar si la decodificación de los signos escritos en sonidos formaría parte del proceso de comprensión lectora y si realmente este sería un aprendizaje significativo para los alumnos.

5.5 Ciberniños

Mientras la maestra Paty calificaba la tarea de sus alumnos, de repente, me hacía algún comentario para amenizar nuestro encuentro. Veía cómo los niños trabajaban con su libro de computación, reconociendo sin ningún problema las partes de la computadora y las que formaban los periféricos. En esos momentos, comprobaba algunos argumentos de las teorías de la tecnología de la información y la comunicación, respecto a las habilidades que las nuevas generaciones estaban desarrollando para interactuar con los medios electrónicos. Sobre todo en ese salón, me identifiqué con la frase tan sonada en mis clases de la universidad: “la brecha generacional”.

Por fin, vi con mis propios ojos y escuché cómo se expresaban estos niños de manera tan natural sobre una computadora. En mi caso, aprendí esos conceptos en mis clases particulares de computación. Manejar una computadora me parecía un tanto difícil; la mayoría de mis compañeros eran adolescentes de entre 14 y 16

años. Muchas veces sentí frustración por no realizar las prácticas con la misma facilidad que ellos.

Retomando mi primer día en el preescolar Frida Kahlo y después de la clase de computación, la maestra Paty tomaría posesión de su grupo y comenzarían las clases que me interesaban observar, pues eran las que impartiría: Español, Matemáticas y Conocimiento del Medio.

5.6 La clase de Español y Matemáticas

Ese día no paré de sorprenderme del trabajo que realizaban esos pequeños en sus libretas. Lo que imperaba era el orden, la buena letra, el uso estricto del color rojo para escribir las mayúsculas y los signos de puntuación. Las numeraciones estaban muy bien ejecutadas y sus contornos estaban alineados. No recuerdo si mis planas lucían igual a las de estos niños, de lo que sí notaba era que la tarea de mi sobrino no tenía esta apariencia; en su caso, los trazos eran poco uniformes, los ejercicios no estaban fechados y sus recortes lucían desalineados.

Esta comparación entre el trabajo de Alexis y el de los niños del colegio Frida Kahlo, me forzó a ser más estricta con él. Era un niño con capacidades intelectuales muy aceptables, pero le exigía más empeño en la presentación de sus escritos y tareas, lo cual disgustó a mi hermana, así que desistió de mi ayuda.

Mi primer día en la escuela Frida Kahlo lo pasé entre las mesas de los chicos y sentándome junto a ellos como lo hacía mi maestra “Lolita” cuando nos tomaba lectura. Me detenía al lado de quienes se atrasaban para animarlos a seguir con sus planas o decirles qué número continuaba. Cuando le decía a algún chico “¡pero qué bonita letra!” ya tenía las miradas de los demás sobre mí, mientras hacían un espacio entre su cuerpecito y la libreta para que viera su trabajo y los alagara.

El grupo de la maestra Paty era bastante parlanchín. La maestra, desde su lugar con esa voz tranquila, constantemente les decía que guardaran silencio y que se apuraran. El tiempo era un factor importante en la dinámica de trabajo; la maestra se apresuraba y apresuraba a los chicos para cumplir con la actividad en el tiempo establecido ya que tenían otras actividades planeadas como tomar su clase de Inglés o la de Educación Física.

5.7 La bienvenida

Ese día conocí a un personaje muy especial de la escuela, la directora Norma. Entró al salón cuando no estaban los alumnos; llevaba una bolsa llena de cajas de chocolates. Enseguida se dirigió a mí dándome la bienvenida a su escuela y recomendándome a quien ahora era mi instructora, la maestra Paty. Argumentó

que era una excelente maestra, que aprendería mucho de ella y que no me preocupara por mi inexperiencia, pues Paty no era envidiosa y me apoyaría en todo lo que necesitara.

Sentí cierto alivio al escucharla. Me reconfortó saber que no estaría sola en este proceso. Además, la directora tenía una forma muy peculiar de decir las cosas, entre un estilo dicharachero y afectuoso, el cual aligeraba los problemas. Antes de retirarse, la maestra Norma nos regaló una caja de chocolates, diciéndonos que disfrutáramos el día. Ese detalle me sorprendió, pues no pensé que en mi primer día de trabajo recibiría un regalo.

Ese no fue el único regalo que recibí. Antes de terminar la jornada, se organizó el tradicional intercambio del Día del Amor y la Amistad. Este evento lo estuvieron esperando los niños desde muy temprano y a cada rato le preguntaban a la maestra a qué hora entregaban los regalos. Aunque sabían que debían destapar los chocolates que les habían obsequiado hasta su casa, muchos preguntaron si podían comer uno. La maestra no se negó, así que en pocos minutos había envolturas esparcidas por todos lados y bocas llenas de chocolate. Muchos de ellos me regalaron uno de sus chocolates.

5.8 La planeación

Eran las 2:00 pm y la mayoría de alumnos ya se habían retirado, sólo quedaban unos cuantos que esperarían hasta las 2:30, pues era la hora en que sus hermanos salían de la primaria y podían retirarse a sus casas. En ese momento la maestra de “prepri” me instruiría para elaborar la planeación diaria de las actividades.

Me explicaba con mucha serenidad como si fuera una de sus alumnas. Así era ella, tranquila y segura. A mi parecer, esa confianza se la otorgaban sus casi 20 años de experiencia como maestra de preescolar. Mientras me indicaba como trazar una tabla de doble entrada en la libreta de planeación, me platicaba sobre su trabajo en esta y en otras escuelas. La maestra Paty sabía muy bien cómo enseñarle a los niños de ese nivel y sobre todo cómo lograr que leyeran y escribieran.

Durante la charla salió a relucir el libro de la “jirafita”, *Juguemos a leer*. Cada vez me convencía más de que la maestra sabía de lo que hablaba, pues me comentó que también había utilizado ese libro en sus clases. En ese momento no me cuestioné si debía seguir este método de enseñanza de la lectura mediante la reproducción de los sonidos de las letras, lo único que realmente entendía era que ésta era la manera de enseñar.

Una vez que trazamos aquella tabla, escribimos en la parte de las filas las materias por abordar al día siguiente, de acuerdo con el horario de clases, en las columnas colocamos los elementos que guiaban el trabajo, como el tema y su objetivo, las actividades didácticas, los materiales de apoyo, la tarea y un apartado especial para las observaciones.

Al darle un vistazo día por día a la planeación del grupo de la maestra Paty, me percaté de que tenía cierto parecido con lo plasmado en las libretas de los niños; se trataba del orden en la estructura del escrito y hasta el color rojo usado para las mayúsculas y los signos de puntuación. Donde más centré mi atención fue en los apartados de las actividades y en el de la tarea ya que una de mis preocupaciones principales era qué les enseñaría y, por consiguiente, qué les asignaría como tarea. En estos apartados se manejaban conceptos que se repetían secuencialmente, a lo largo de la semana, en especial, en el área de español.

En una de las planeaciones de las actividades para un día, se contempló el remarcado de una consonante nueva para ellos y el coloreado del sello de ésta; acompañado de una plana donde se mezclaba dicha consonante con una vocal, lo cual formaba sílabas. En el apartado correspondiente al de la tarea, se indicaba recortar y pegar cinco cosas cuyos nombres llevaran la consonante en cuestión. Al siguiente día se programaban las planas de palabras y oraciones con la consonante vista el día anterior y, de tarea, debían realizar las actividades de su libro, que también abarcaba el tema de aquella consonante.

La actividad de recortar y pegar, en ocasiones, se sustituía por dibujar. En cuanto a sus tareas en casa, la encomienda consistía en que les dictaran 10 palabras que incluyera la consonante estudiada con anterioridad. Al agotarse la dinámica de aprendizaje, se repetía el ciclo de actividades para otra letra. Al observar esta regularidad en la organización del trabajo, pensé que tal vez mi intervención sería bastante cómoda. Al parecer, la planeación de las actividades sería sencilla, siempre que obedeciera a su modelo. Así, mis futuros alumnos seguramente llegarían con éxito al objetivo primordial: aprender a leer y escribir.

Al parecer, me estaba olvidando de todas aquellas ideas, que con regularidad tratábamos en la universidad acerca de los métodos en la educación. Porque en la escuela no es pertinente tanta formalidad ni tanta sistematización, y de la planeación ni hablar... No llegaban a mi mente los conceptos relacionados con este documento, como el de ser flexible o modificar o adaptar algo. También estaba dejando en mal a mi formación, al creer que el proceso de aprendizaje tan importante como la lectoescritura no era complejo y se podía reducir a adquirir, de manera mecánica, el repertorio gráfico de las letras.

Una cosa es “ver los toros desde la barrera y otra entrar al ruedo”. Hasta que por fin comencé a impartir clases, entendí que todo ese conocimiento tan organizado plasmado en la planificación diaria, no resultaba tan sencillo cuando se llevaba a la práctica. Aunque se implementara una rutina de trabajo, las exigencias cotidianas obligaban a apartarse de esa estructura secuenciada de las actividades, lo cual me metió en aprietos. Tal vez la maestra Paty, en sus varios años de experiencia, también fue obligada a replantearse su trabajo como docente y modificar su enseñanza.

6. MI GRUPO DE TERCERO DE “PREPRI”

6.1 Mi salón

Los salones de la escuela Frida Kahlo eran muy similares en su mobiliario. Sillitas y mesas de madera para los niños, un escritorio angosto y una silla de madera para la maestra, un librero grande de madera color verde para colocar los útiles de los niños; en las paredes había cuadros de foami con las letras del abecedario. Esa era la decoración de mi salón de preescolar y de todos los demás, a pesar de ello no todos lucían iguales. La diferencia radicaba en que la maestra pegaba en la pared carteles y colocaba los materiales didácticos que ellas mismas compraban o que habían elaborado.

Por fin, llegaba el momento en que tomaría posesión de mi salón. Después de haber estado dos días capacitándome y ayudándole a la maestra Paty a atender su grupo; ahora era mi turno. Ese día llegué temprano y entré al que ya era mi salón. No tenía la misma apariencia que los demás salones, se veía triste y apagado, nada que ver con ese estilo tan pomposo de la decoración de la escuela. La maestra antigua se llevó todo su material dejando las paredes de ese salón vacías y sin chiste.

Ahora, tenía otra tarea que hacer: buscar materiales y elaborar unos adornos que tapizara todo mi salón y le diera esa vista alegre, que concordara con el ambiente de la escuela, pero no sólo eso; también tendría que ser didáctico para que aligerara la enseñanza de los contenidos. Sin embargo, tenía toda la disposición para realizar bien mi trabajo y demostrar que era capaz de hacerlo; no obstante aún sentía inseguridad y miedos. Me dediqué a buscar carteles y a elaborar otros, que estuve pegando en el salón para darle su toque. También, quise comprar materiales didácticos útiles que les agradaran a mis alumnos.

Pronto me fui dando cuenta que ser maestra implicaba, no solamente tener demasiada disposición dentro de la escuela para trabajar con los libros, elaborar la planeación, impartir las clases, sino también fuera de ella, ya que yo estaba invirtiendo muchas de mis tardes y noches en diseñar y elaborar mi material.

Asimismo mis bolsillos resentían estos gastos porque parte de mi sueldo lo invertía en comprar dichos materiales, tanto en la papelería como en la *Plaza Meave*, una plaza comercial localizada en el centro del Distrito Federal. Me encantaba visitar este lugar para ver los materiales que había; siempre adquiría un producto, ya fueran rompecabezas, fichas, sellos, memoramas, bloques para armar, o para lo que me alcanzara.

6.2 El librero

En todos los salones de la escuela había un librero bastante grande. En él acomodaban los libros y libretas de los niños. Nunca estaba vacío porque los alumnos sólo se llevaban a la casa los materiales que iban a ocupar para hacer su tarea. No era como en mis escuelas del kínder y de la primaria, dónde diario teníamos que cargar con todos los útiles, afortunadamente mi kínder estaba en la misma calle donde vivía, pero en la primaria tenía que caminar como cuatro calles con la mochila llena de libros y libretas que a veces ocupábamos y a veces no.

Los niños del kínder Frida Kahlo tenía un repertorio bastante amplio de materiales. Libros de Español, Matemáticas, pensamiento, computación, valores y unas libretas para cada materia; también, para las materias de letra cursiva, conocimiento del medio y dibujo. Todo esto se acomodaba en el librero con su respectiva etiqueta pegada en la cenefa del mueble, la cual indicaba el nombre de la materia.

Recuerdo que cuando la directora pasaba al salón a saludarnos, sin percatarme, revisaba con la mirada el lugar y antes de retirarse decía: “maestra te falta tal etiqueta o a tal material le hace falta pegamento”. Decía que tenía “vista de águila” y en realidad así lo creía porque era difícil que algo se le escapara.

Con los materiales didácticos que estuve incorporando al salón, el librero se tornaba más interesante para los niños. Muchos de esos materiales fueron manipulados por ellos como parte de las actividades para abordar los contenidos y, otras veces, solamente lo hacían para romper la rutina y jugar por jugar.

Los que más disfrutaron del material fueron quienes permanecían después de clases, mientras esperaban que sus hermanos salieran de la primaria. Uno de mis alumnos, Carlitos, me decía: “¿me prestas tus bloques?”. Le contestaba que no porque con ellos armaba unas pistolas con las que simulaba dispararle a los niños que todavía estaban ahí. De nueva cuenta me preguntaba con una voz ansiosa: “¿entonces un rompecabezas?”

6.3 Cambiado la planeación

Cuando terminaban las clases realizaba la planeación con la maestra Paty. Por su experiencia y conocimiento acerca de los contenidos del grado que impartíamos ambas, era la que proponía la manera de trabajar los temas. Por mi parte, me reservaba varias opiniones, sobre cómo debíamos abordar algunos de ellos. La maestra tenía ya estructurado su plan de trabajo, el cual había puesto en funcionamiento en años anteriores, no obstante, en su último año, los elementos nuevos eran fotocopias de libros o ficheros dirigidos al tercer año de preescolar.

El tiempo era un factor muy importante, había que abordar bastantes temas, trabajar con todos los libros y cuadernos, ya que se decía que al finalizar el ciclo escolar todos estos materiales tenían que haberse trabajado en un 99 por ciento porque los papás los habían comprado y se quejarían si no estaban resueltos a fin de año. Por esa razón la premura en abordar los temas en un tiempo determinado y demostrarles a los padres de familia que sí estábamos trabajando.

En algún momento la directora me había informado que la maestra Paty sería mi guía e hizo hincapié en que la escuela tenía un modelo de trabajo, el cual había que seguir. Creo que no comprendí del todo esa idea. Pues las actividades que realizaba con el material didáctico o cualquiera que no estuviera contemplado en la planeación de trabajo diario, tendrían que ser clandestinas.

Aunque ya se había planificado la clase y lo que abordaría, muchas veces hacía lo que la maestra Delia me decía, de forma un tanto sarcástica, “mis adecuaciones curriculares”. Hacía ese comentario cuando notaba que no estaba llevando al pie de la letra la planeación; yo solamente me reía y ella me devolvía la sonrisa como si fuera mi cómplice.

7. APRENDIENDO A SER MAESTRA

7.1 El método es rutinario, mas no la maestra

La enseñanza de la alfabetización inicial a los niños de preescolar, me hizo poner en marcha varios de los conocimientos que había adquirido en la universidad. Los primeros días me sentía un tanto improvisada ya que en la carrera no había cursado ninguna materia que tratara la enseñanza de la lectoescritura. Sin embargo, ahí me encontraba, enseñando a leer y escribir.

Sentía cierta seguridad al abordar la clase de Español por medio de la metodología fonético-sintética, pensaba que sería fácil para mí y para mis alumnos. Sin embargo, no dejaba de circular por mi cabeza la idea del tradicionalismo en este tipo de enseñanza. Esta forma de aprender a leer y

escribir ya era antigua. Con él aprendí las letras y generaciones anteriores a la mía también habían sido alfabetizadas de esa manera.

Aun cuando el plan de estudios de preescolar marcaba, de manera clara, que la utilización de los métodos debía ser descartada para enseñar a leer y escribir a los niños que cursaban ese grado; en el colegio Frida Kahlo era vital continuar enseñando de la manera tradicional que había funcionado por varios años. Pero creer que la interacción entre el libro de letras, los alumnos y el maestro estaba

reducida a seguir mecánicamente un molde con la finalidad de que los niños aprendieran el sistema de escritura era subestimar la intervención del docente.

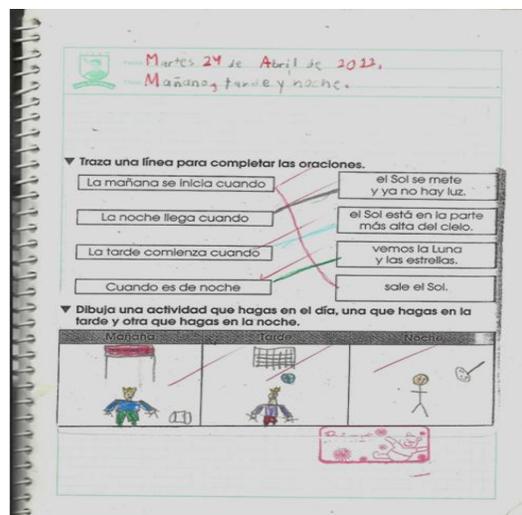
La maestra Paty siempre había recurrido a los libros que manejaban el método de los sonidos para aprender a leer, pero agregaba matices a su enseñanza. Al reunirnos, para planear el trabajo del día siguiente, me percataba de que la enseñanza rutinaria de las letras era un elemento constante de la planeación de la materia de Español. Sin embargo, añadía materiales que enriquecían la tarea de enseñar a leer y escribir.

Había ciertos detalles en el trabajo de mi maestra guía, que hacían salirse de la rutina; estos elementos nuevos que tornaban el aprendizaje más atractivo para los alumnos, por ejemplo:

- Material para fotocopiar

Cuando alguna guía didáctica nueva llegaba a manos de la maestra Paty, era como si hubiera encontrado un tesoro. Revisaba la guía hoja por hoja y se detenía en aquellos ejercicios que trataran algún tema del currículo; en ocasiones, me preguntaba qué tal me parecía el material, para abordar o complementar cierto tema y otras veces o la gran mayoría de veces, decidía integrarlo. La maestra Paty fotocopaba varias veces la hoja de la guía que le interesaba hasta que el ejercicio quedaba bien distribuido en una hoja, que después repartía a los alumnos.

Así como la maestra Paty, yo también encontré mucho valor en las guías didácticas, por ello en los ciclos escolares posteriores siempre encontré en ellas un apoyo para hacer más variado el trabajo, evitando llenar el cuaderno de apuntes larguísimos que sólo fastidiaban a los chicos. Estos materiales



Fotocopiable que usé para el grupo de primero de primaria

fotocopiables le imprimían una dinámica diferente a las actividades del cuaderno y, dependiendo de lo que uno como docente pretendiera, esos ejercicios ayudaban a introducir, desarrollar o afirmar un conocimiento.

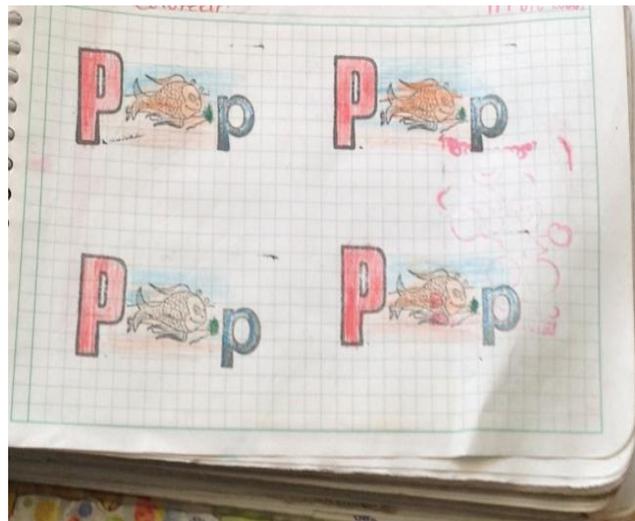
- Sellos didácticos

En el salón de la maestra Paty había un librero con varias cajas bastante alineadas. En su interior, se encontraban los sellos de todo tipo de la maestra, ya sean de vocales, consonantes, animales, objetos, figuras geométricas, oficios, billetes, monedas, líneas, tipos de casas, motivacionales, entre otros.

Colocar un sello en las libretas de los niños le agregaba variedad al trabajo diario. Esto apoyaba el aprendizaje visual, así vincularían los dibujos con el tema a tratar. Los sellos se podían iluminar, lo cual les encantaba a los alumnos. La manera como coloreaban y los colores que usaban, a la maestra Paty y a mí nos mostraba los avances que iban obteniendo respecto a la motricidad fina, coordinación y una manera que percibían la realidad.

Recuerdo que está actividad mantenía más concentrados a mis alumnos. De repente, se organizaban debates sobre qué colores utilizar para determinado dibujo; por ejemplo, por qué no colorear la manzana con amarillo -en lugar de rojo- o iluminar a un gato de anaranjado o de amarillo. Arturo, mi alumno de preescolar, quería usar siempre el rojo para iluminar cualquier figura.

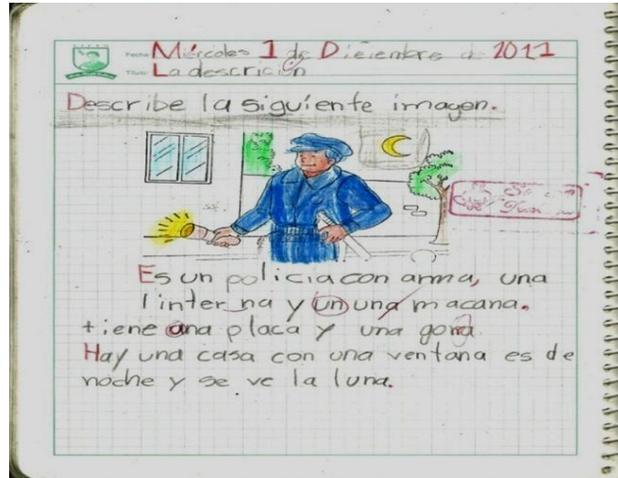
Cuando los alumnos ya estaban avanzados en la lectoescritura, mi compañera de trabajo y yo, imprimíamos algunos sellos en la libreta de español. La tarea, en esa ocasión, era que escribieran una oración tomando como referencia la figura del sello. Esa, era una de las actividades más significativas de esta materia ya que como maestras notábamos los frutos que había arrojado el trabajar, de manera fragmentada, la escritura y los alcances que esto tenía en el aprendizaje de comprensión y no de repetición.



Sellos colocados en las libretas de los niños, en apoyo de la enseñanza de las letras

En particular, a mis alumnos se les complicaba inventar alguna oración, a partir de la imagen presentada. Todavía recuerdo cuando coloqué en las libretas el sello de una casa con paredes de ladrillo y una chimenea. Diego me dijo “que puedo escribir maestra, no se me ocurre nada”. Así como él, a varios de mis alumnos les consternaba realizar esta tarea.

Hasta la fecha, cuento con varios sellos didácticos como los de la maestra Paty. He comprado algunos para abordar temas del currículo de primero y segundo de primaria, y otros los he utilizado para tratar temas donde aparentemente no encaja el motivo del sello, pero uno como maestro le da relación y función a la imagen plasmada por el sello y, mejor aún, los mismos alumnos le dan sentido a la figura.



Ejercicio donde utilicé sellos para abordar una clase con los alumnos de primero de primaria

- Cambiar el orden del libro

El índice del libro *Arco iris de letras*, marcaba claramente la secuencia en que se abordaría la enseñanza de las vocales, consonantes y las variantes de algunas letras, al presentar un sonido suave o fuerte, y otras al ser consonantes compuestas. La maestra Paty era fiel a ciertos aspectos que le marcaba el libro, como empezar la enseñanza con las vocales y después con las consonantes; además de siempre presentarlas en mayúscula y minúscula.

Precisamente en ese ciclo escolar que me tocó trabajar con la maestra Paty, hizo adecuaciones al orden que presentaba el libro con la finalidad de experimentar qué tan funcional serían esos cambios. Las primeras consonantes en la lista eran *m, l, p, t, n, d* y *c*. Al



Ejercicio de introducción para la enseñanza de las sílabas compuestas

llegar el turno de la *c*, la abordaba con el sonido fuerte como lo marcaba el libro; continuaba con el sonido suave, aunque el índice marcara este tema varias hojas adelante. La misma adecuación la hizo para la letra *g*.

El mismo plan se llevó a cabo para formar una consonante compuesta. El libro marcaba que después de haber agotado la presentación de las letras del abecedario, se prosiguiera con las compuestas, empezando con la *r*, como *tr*, *br*, *gr*, *pr*, *dr*, *fr* y *cr*. Inmediatamente después, se enseñarían las que se combinan con la *l*; por ejemplo, *pl*, *bl*, *cl*, *fl*, *gl*. Ese año la maestra Paty se arriesgó y cambió ese orden. Ahora cada vez que tocaba enseñar una consonante como la *b*, también abordaríamos las dos formas compuestas de la letra. Y así procederíamos con todas las demás consonantes compuestas.

- Decoración

La decoración era un aspecto primordial en la escuela Frida Kahlo. La directora mantenía las paredes de los pasillos y patios con innumerables dibujos de gran tamaño y colores muy llamativos. Además, le exigía a los maestros que mantuvieran el salón de clases bien decorado, ningún espacio debía permanecer descubierto. La decoración tampoco debía tener un aspecto desarreglado o antiguo.

Aunque la maestra Paty tenía mucho material acumulado, siempre adquiría algo nuevo y acorde a los temas planeados para determinado grado. En el caso de la materia de español, cada vez que estudiaban una letra diferente, permitía que los alumnos manipularan el material didáctico. En ese caso, se trató de una letra dibujada, tanto en mayúscula como en minúscula en un rectángulo de pellón, dónde también aparecía la imagen de un objeto cuyo nombre comenzaba con la letra a estudiar.

De la maestra Paty aprendí que sí uno quería esforzarse en la labor de la enseñanza tendría que ser desprendido y comprar materiales para facilitarse el trabajo y no solamente adquirirlo ya elaborado, sino comprar lo necesario e invertir tiempo en elaborar el material a gusto y manera. Mientras trabajé en el colegio Frida Kahlo mantuve decorado mi salón de clases. Cada adorno era alusivo al tema por tratar. Para mí era muy importante colocar material que hubiera sido explicado, manipulado o trabajado por los niños. A veces colocaba sólo dibujos de algunas palabras y, otras veces, ponía mapas conceptuales elaborados por los alumnos.

Desde el punto de vista pedagógico, los materiales para decorar tenían sentido dentro del aula, puesto que eran utilizados para introducir un tema, desarrollarlo o reafirmarlo; estas actividades mantenía a los chicos involucrados y atentos al

aprendizaje; asimismo, eran de gran utilidad ya que significaban una estrategia didáctica donde no solamente se ponía en juego el aprendizaje de contenidos, sino las formas de trabajo grupal, aparte de la forma en que me relacionaba con mis alumnos; en mi papel de guía en la enseñanza.

7. 2 La transversalidad: un recurso para agregar lo significativo

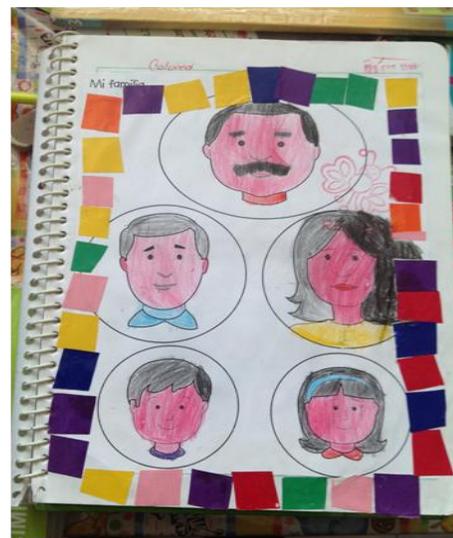
La materia de Español representaba mucho de la enseñanza tradicional que se palpaba en la escuela. La memorización de las letras, lo repetitivo de las planas, el ser fiel al método, la preocupación por el orden reflejado en las libretas de trabajo.

Al encontrarnos en una etapa donde los niños estaban desarrollando sus habilidades en la lectura y escritura, para la maestra Paty y para mí, esto representaba oportunidades para desarrollar aquello que el método de lectoescritura, en el área de español, estaba dejando de lado: el aprendizaje significativo.

En las demás materias dónde se encontraba inmersa la lectura y escritura, no solamente se trataba de decodificar los sonidos de las letras y formar palabras, sino darle sentido a lo que los chicos escribían y dibujaban en las actividades de esas áreas; una interpretación contextualizada de su trabajo donde no nada más se utilizara el lenguaje escrito, sino también el oral para ofrecer una posible interpretación, es decir, comunicar sus pensamientos acerca del ambiente y de su propia vida.

En la materia de conocimiento del medio, me parecía genial que no lleváramos un libro de texto como en las otras materia; nuestro trabajo se plasmaba en una sola libreta de tamaño profesional, sin líneas ni cuadros, simplemente con las hojas en blanco, que invitaban a planear actividades más libres y creativas; lo mismo sucedía con lo que los chicos reflejaban en cada uno de sus trabajos.

Era en esta materia donde las experiencias vividas con la familia y en la calle eran el detonante del aprendizaje de los pequeños. Los temas abordados describían el mundo inmediato de nuestros alumnos y ellos, de forma escrita y verbal, se hacían entender. Los niños realizaban una narración, la cual plasmaban en forma de



Tema de la materia de Conocimiento del Medio, donde los alumnos de preescolar participaban en clase hablando sobre la familia

dibujos o con letras, así se tratara de una celebración importante en la comunidad hasta su comportamiento en el hogar. Para mí, estas actividades estaban llenas de sentido, pues el aprendizaje partía de la vida cotidiana; las asociaciones y relaciones del mundo con su pensamiento no eran uniendo sonidos, que no correspondían a sus vivencias.

7.3 Trabajando contra el reloj

Resultaba incierto saber si la maestra Paty y yo no planificábamos de manera correcta las actividades del día; pero, por lo regular, los 50 minutos que duraba una clase no eran suficientes para terminar lo que habíamos organizado. Todos los días era una lucha contra el horario. Era testigo de que la maestra Paty alentaba a los alumnos a concluir sus trabajos; la finalidad era que no se distrajeran y no se apartaran de sus actividades. Cuando fue mi turno, traté de imitar la estrategia de la maestra Paty; sin embargo, ni dirigirme a los chicos con un tono de voz alto ni animarlos a terminar satisfactoriamente sus labores bastó.

Había una fuerte presión por parte de la escuela por cubrir las materias como lo indicaba el horario; además, diario debíamos calificar todos los ejercicios, sobre todo los que los alumnos llevaban a casa como parte de su tarea, para evitar problemas con los papás. Incluso con todas estas exigencias, la maestra Paty y yo nos demorábamos en revisar los temas. La mayoría de veces preferimos desarrollar por completo las actividades que dejarlas inconclusas y continuar con el siguiente contenido. Esto nos retrasaba, por ende, estudiábamos de manera superficial las últimas lecciones. Lo importante no era explotar los temas, sino presentar los ejercicios de los libros resueltos en su totalidad.

El libro *Arco iris de letras* contemplaba varias lecturas que, en mi opinión, les restamos importancia por la falta de tiempo. Este apartado lo abordamos casi al cerrar el ciclo escolar y muchos de esos textos solo fueron decodificados por los alumnos. Realmente esos ejercicios de lectura eran la oportunidad perfecta para que reafirmaran y complementaran, de manera significativa, el proceso de aprendizaje de lectura y escritura, tanto con la materia de Español como con las demás.

7.4 Disciplina y control

Desde que estudiaba la carrera de Pedagogía criticaba a los maestros que mantenían el orden del salón de clases con métodos rígidos. A lo largo de mi educación tuve maestros de todo tipo, desde los que nos reprimían mediante golpes por no haber llevado alguna tarea o por habernos levantado sin su permiso, hasta los que eran muy “barcos”, donde podíamos conversar durante toda su clase, no esforzarnos en las tareas y obtener una buena calificación.

En la escuela Frida Kahlo la idea de la disciplina era de las más importantes, la cual estaba relacionada con mantener el orden en los grupos. Lo más deseable era que los chicos estuvieran siempre sentados y en silencio, realizando alguna actividad. Obviamente los golpes no estaban permitidos como en la primaria a la que yo asistí. Pero, en una ocasión, escuché a una maestra del colegio Frida decir que quería abofetear a uno de sus alumnos o, en otra, cuyo tutor de un alumno autorizó a la maestra Delia a que le pegara a ese niño cuando fuera necesario.

Cuando me asignaron mi grupo de preescolar en el liceo Frida Kahlo, tenía la idea de que siendo una maestra amorosa, tranquila y no mostrar enojo en ningún momento, sería la clave para que la relación maestro-alumno beneficiara las jornadas de trabajo y fueran productivas. Después de todo estaría trabajando con niños y, no sólo por el hecho de que eran pequeños, debía considerar sus sentimientos y emociones, así como a mí me hubiera gustado que mis profesores de la primaria lo hubieran hecho.

Como maestra de la escuela Frida Kahlo estaba inmersa en un ambiente institucional marcado por el orden, el cumplimiento de horarios y el seguimiento de un método de enseñanza. Era difícil no desarrollar rasgos tradicionalistas a la hora de propiciar disciplina en el salón de clases. En ocasiones me frustraba por mantenerlos sentados por periodos largos, realizando



Foto anual con uno de mis grupos de primero de primaria

alguna actividad que era primordial que concluyeran; asimismo, me abrumaba reprimir sus expresiones características de su edad. Estaba en un dilema, si ser estricta e indiferente ante los rasgos de la infancia o dejar que fueran espontáneos y libres, aunque ello significara un problema de orden.

La maestra Paty no era severa con sus alumnos, se dirigía a ellos con voz firme, pero sin mostrarse molesta. En ocasiones, los chicos hablaban con tonos altos, se levantaban de su asiento, y uno que otro corría. Por lo general, esto ocurría cuando la maestra calificaba los trabajos.

Por otro lado, del maestro Omar aprendí cantos que él siempre usaba para mantener a los chicos sentados y guardando silencio. Así, el maestro Omar obtenía la atención de los alumnos de inmediato.

Con el trabajo de los niños de preescolar noté que el orden no tiene porque ir de la mano del autoritarismo del profesor. Si bien, mantener un ambiente tranquilo y silencioso era propicio para desarrollar las actividades y mantener la disciplina, ese orden se puede obtener de distintas maneras.

El haber utilizado un reglamento para el salón, la organización del trabajo ameno y agradable, la implementación de diferentes juegos que motivaba a los alumnos a emprender una tarea y concluirla, son diferentes estrategias de las que me apoyé para facilitar mi trabajo y aprovechar las características que implicaban ser niño y utilizarlas para desarrollar la labor de enseñar, y no ver en ellas algo que se debe reprimir por considerarlo un obstáculo para la enseñanza.

Por supuesto, la estrategia de mostrarme enojada no la he descartado del todo. A veces, utilizaba este método para indicarles que trabajaran en silencio. Pero tampoco he considerado dejar de ser afectuosa con ellos, por el contrario, este aspecto tiene un gran valor emotivo cuando están aprendiendo, sin que esto sea un peligro para desatar el desorden.

7.5 Estrategias didácticas personales

Para un maestro impartir clases en un lugar donde pareciera que todo está dicho, respecto a la enseñanza y a su aplicación, a primera vista resultaría cómodo, pero para mí no fue tan sencillo. Ese ciclo escolar, la institución ya tenía determinado lo que se trabajaría en las libretas de los niños de preescolar, el material y forma en que se abordarían los contenidos. Resultó abrumador no haber escudriñado la forma en que para mí sería más viable presentar los temas y participar activamente en la selección de materiales, antes de presentarme a clases con mi grupo.

Empecé a juzgar las metodologías de enseñanza del grado escolar, las que estaban arraigadas hace años, antes de mi ingreso a laborar. El problema no era hacer un análisis de las formas de trabajo del preescolar, pues la carrera de Pedagogía me dio las herramientas para hacerlo. La verdadera dificultad resultó al estar en el salón de clases frente a unos chicos de cinco años de edad para reproducir mecánicamente esa enseñanza.

La realidad es que fui contratada para ser la maestra de tercer grado de kínder, bajo los lineamientos de la maestra Paty. Dichos lineamientos, estaban aprobados por la escuela y que encajaban con el modelo de educación del lugar. No me

encontraba ahí para hacer un análisis pedagógico del sistema de enseñanza y probablemente tampoco les hubiera interesado.

Sin embargo, no todo era tan rígido, en mi opinión, la maestra Paty y la directora Norma respetaban la individualidad de cada maestro, su carácter y la forma de conducirse ante sus alumnos. Esta apertura la aproveché para desarrollar algunas estrategias didácticas en el área de Español, las cuales estuvieron encaminadas hacia el aprendizaje que deseaba promover; además, le darían un sentido reflexivo a los temas correspondientes a la lectoescritura.

Entre la cantidad de contenidos y los horarios apretados, organicé actividades que nunca escribí en la libreta de la planeación (tal vez debí anotarlas ya que tenían un propósito, aunque tardaran diez o hasta treinta minutos en realizarlas). Para no desfasarme de los tiempos, generalmente omitía la elaboración de alguna plana o la encomendaba de tarea en casa, y ese tiempo lo ocupaba en trabajar a lo que le llamo: “de manera diferente”. Porque no sólo se trataba de propiciar el aprendizaje significativo, sino también de romper la rutina y el aburrimiento que en ocasiones se presentaba después de una jornada laboral pesada.

- ✓ Pensar y luego nombrar de tres objetos que comenzaran con la letra “p”, los cuales podrían llevar a un día de campo.

Les daba algunos minutos para que pensaran, después les preguntaba qué habían escogido; los chicos me ayudaban a evaluar si las palabras cumplían con el criterio establecido. Las variantes que se agregaban a la actividad eran cambiar el lugar a donde podían ir y la letra con la que debían empezar el nombre de las cosas. A mi parecer, esta dinámica podía evaluar las relaciones mentales que hacían entre las grafías con su utilización en las palabras. Además, resultaba interesante advertir qué tan lógica era la elección de ciertos objetos y las explicaciones del porqué los seleccionaron.

- ✓ Construir un cuento donde la mayoría de palabras utilizara cierta letra.

Para reafirmar el sonido de alguna letra y su utilización en las palabras, recurrí a la estrategia que utilizaba mi maestra “Lolita”. Inventaba un cuento, donde la mayoría de palabras recurriera a cierta consonante; los chicos identificaban cuál era esa consonante que se repetía de manera continua. Buscaban, mentalmente, las palabras que cumplieran con los requisitos; después, las nombraban para seguir desarrollando el cuento. Si la palabra no cumplía con las exigencias, se descartaba y se exponían los motivos del porqué no era apropiada.

- ✓ Cambiar el orden de las sílabas y adivinar la palabra.

Se trataba de que el niño eligiera un objeto del salón sin decir su nombre. Mentalmente tenía que descomponer la palabra en sílabas; luego diría a sus compañeros estas sílabas pero de forma desordenada. El grupo tenía que juntar y ordenar las sílabas para formar una palabra. El pequeño que lograba descifrar la palabra, alzaba la mano y la decía. A veces era necesario escribir las respuestas en el pizarrón para verificar visualmente si eran correctas o no.

- ✓ Letras de plastilina.

Para realizar esta actividad, utilicé unos botes de plastilina que desde que inició ese ciclo escolar se le había pedido a cada uno de los alumnos. Cada bote tenía el nombre del niño y al parecer de lo que llevaba transcurrido el año, la plastilina no se había utilizado con regularidad.

La plastilina no solamente la usamos para la dinámica de las letras en la materia de español, también nos ayudó a abordar temas de otras materias, principalmente en matemáticas.

Esta dinámica consistía en que trazara algún dibujo en el pizarrón; por su parte, ellos modelarían la primera letra del nombre del dibujo plasmado en el pizarrón con un pedazo de plastilina. En esta actividad había que ser cautelosos con los sinónimos, pues se me ocurrió dibujar un elote y esperaba que formaran la letra *e*, de “elote”. Sin embargo, mi alumno Guillermo moldeó la letra *m*. Di por hecho que Guillermo se había errado su respuesta y le dije que se trataba de *e*, de “elote”, me contestó muy serio y seguro de su respuesta que era *m*, de “mazorca”.

- ✓ La historia equivocada.

El libro *Arco iris de letras* contenía un apartado de lecturas, las cuales se las narré a los chicos. Posteriormente les decía que volvería a contar la historia, pero que sí debían corregirme. La intención era cambiar algunos conceptos del cuento en la segunda lectura para que mis alumnos recordaran la versión original y dijeran la idea correcta. Esta actividad me ayudaba a evaluar la comprensión de la lectura.

- ✓ Leer adivinanzas.

Alguna vez llevé al salón de clases unos libros de adivinanzas; uno era de frutas y otro de verduras. A mis alumnos les gustaba tomar esos libros para que les leyera los acertijos y ellos los resolvieran. Esto ocurrió cuando la mayoría aún no conocían todas las letras y no podían decodificar de manera completa el texto (la adivinanza).

Esta actividad se volvió parte del repertorio de dinámicas para reforzar la lectura. Con ella, comprendí qué tipo de textos son los más atractivos para los niños de esa edad y, así, programaría su lectura dentro del aula. La lectura podía tomar variantes; algunas veces yo leía, y otras ellos (cuando ya podían leer de manera fluida).

- ✓ Leer cuentos e interpretar.

En la planeación diaria no figuraba la lectura de cuentos. Era muy importante que no solamente leyeran, sino que también escucharan las narraciones. A mi parecer, era significativo que los chicos imaginaran la historia a través de mi interpretación de los personajes. Lo que pretendía con esta actividad es que mis alumnos comprendieran, que no nada más se lee por leer, sino también para pensar, desarrollar la imaginación, incluso para sentir.

8. ALGUNAS HISTORIAS ESPECIALES DE MIS ALUMNOS

8.1 A Coca lo cambian de grupo

Cuando tomé el grupo era temporada de exámenes. La directora me dijo que la aplicación de la evaluación me serviría para conocer el nivel mi grupo. Fue un alivio no entrar de lleno a impartir clases, pues esos días me servirían para implementar un método de enseñanza. El examen que estaban realizando, consistía de 12 ó 13 hojas tamaño oficio. Incluía las tres materias principales: Español, Matemáticas y Conocimiento de Medio. La maestra Paty lo conocía muy bien ya que ella lo elaboró y me dio varios consejos de cómo aplicarlos.

Los chicos debían seguir las instrucciones que les iba leyendo, como unir, tachar, colorear, remarcar. En realidad la mayoría de los ejercicios no lucían difíciles; los textos se complementaban con dibujos y tenían una relación muy estrecha con los que estudiaban en los libros de texto y con lo trabajado en las libretas. Fue agotador dedicarle un día a la evaluación de una sola materia, pero la extensión del examen así lo requería, incluso ocupé parte del día siguiente para concluir.

El dictado de palabras fue un ejercicio crucial para percatarme de que la mayoría de alumnos adquirían exitosamente el sistema de escritura convencional. Les dictaba alguna palabra, procurando hacer énfasis en el sonido de las sílabas. La captaban inmediatamente y la escribían, mientras muchos de ellos la pronunciaban como para confirmar lo que estaban escribiendo.

Los que no formaban parte de esa mayoría “tan avanzada”, solamente miraban cómo transcurría el dictado o escribían algo. Ese fue el caso de mi alumno apellidado Coca. Al revisar el dictado de Coca noté que no había escrito las palabras incompletas, les faltaban letras. Para los criterios de evaluación de la

escuela Frida Kahlo, las respuestas de Coca estaba mal y eran tachadas, por tanto, reprobó la materia de Español.

Ahora, sé que Coca se encontraba en el periodo silábico de la escritura convencional porque a cada grafía que él escribió le daba el valor del sonido de una sílaba y fue bastante injusto que su trabajo intelectual fuera reprobatorio. “En un segundo momento, los alumnos comienzan a comprender que a las partes escritas corresponde una parte de oralidad. Por las características del español, les resulta natural inferir que estas partes de oralidad son las sílabas. A este periodo se le conoce como ‘silábico’, porque los niños hacen corresponder a cada letra o grafía el valor sonoro de una sílaba” (SEP Programas de estudio Primer grado, 2009:38).

Un día después, se entregaron las evaluaciones a los padres de familia. La mamá de Coca ya estaba en la dirección esperando a que le diera una explicación el porqué de esa calificación; ésta era mi primera entrevista con un padre de familia. Me cambió el color del rostro al saber que quería hablar conmigo y por qué motivo, según yo, la señora estaría enfadada y no me equivoqué. Cuando entré a la oficina estaba sentada frente al escritorio; la saludé cordialmente y me respondió de la misma forma. Traté de mostrar seguridad, al fin y al cabo tenía varios argumentos, respaldados por la escuela, para demostrarle por qué Coca tuvo un mal desempeño en su examen.

Antes de tratar el tema de la evaluación, la señora me dijo que pediría el cambio de grupo del pequeño, que no era nada personal porque entendía que yo solamente tenía pocos días de haber comenzado a trabajar en la escuela. Con anterioridad, ya había solicitado el cambio, pero hasta ese momento se lo habían negado. Lo principal de esa charla fue que la señora me dijo que el pequeño podía escribir las palabras correctamente si se le dictaba letra por letra. Le respondí, muy segura de mis conocimientos, que lo más importante para que el pequeño aprendiera a escribir era dictarle los sonidos de las letras.

Considero que Coca no necesitaba que le dictaran el nombre de las letras o su sonido para comprender que los textos que elaboraba tenían sentido, y que sus padres y los maestros, principalmente, teníamos que ofrecerle un buen número de experiencias, las cuales invitaran a reflexionar sobre el propósito de los textos y, para ello, no era necesario saber leer y escribir de manera precisa. Al siguiente día Coca ya formaba parte del grupo de la maestra Paty.

8.2 La lista del desayuno

Habitualmente las actividades organizadas para el grupo de preescolar tenían rasgos tradicionalistas. Le dábamos preferencia a la transcripción, los dictados y la

revisión de la ortografía (consistía en encerrar los errores con tinta roja; los chicos a veces se daban cuenta de cuáles habíamos señalado y otras ni siquiera lo notaban porque se apresuraban a guardar sus libretas y continuar con la programación). En la planeación no había espacio para hacer composiciones personales o elaborar algún portador de información.

Sin querer, el medio me proporcionaba elementos de aprendizaje que se salían del trabajo tradicional. Uno de ellos era la elaboración de la lista del desayuno. Diario le entregaba un listado de los niños que solicitaban *lunch* a la encargada de la cooperativa, la señora “Quetita”. Delante de cada nombre escribía el alimento y la cantidad. En la parte inferior de la hoja aparecía el recuento total de los alimentos requeridos; por ejemplo, quesadillas: 4, boing: 6, galletas: 3, etc.

Los niños se encargaban de decirme los datos que registraba en la lista. Conocían muy bien el formato del documento, pues observaban cómo lo llenaba y hasta me supervisaban para que no equivocara, al mismo tiempo confirmaban con los compañeros si habían pedido tal o cual cosa y qué cantidad.

El contenido de esta lista era relevante para los chicos; además, representaba un momento para socializar. Ellos entendían que era un documento con ciertas características y útil para la vida cotidiana. No dudo que muchos la hubieran podido escribir por ellos mismos. También era posible que la revisión y elaboración de listas formara parte de las actividades didácticas, donde los niños llenarían formatos e hicieran registros con labores cotidianas que sucedían en la casa o en el salón.

Al terminar de elaborar nuestra lista del desayuno, varios pequeños ansiaban entregarle la lista a “Quetita”. Ese día Arturo y Pablo llevaron la lista; Arturo, saltaba y evocaba una frase de la película de Shrek dijo: “¡Pablito y Arturo en busca de una gran aventura!” Su cabello lacio y rubio seguía la trayectoria de sus brincos, al mismo tiempo que apuntaba hacia arriba con su dedo índice. Pablo siempre estaba muy serio, casi nunca se reía o hablaba, pero ese día conocí su sonrisa. A mí también me causó mucha gracia oír a Arturo declamar una parte del diálogo entre Burro y Shrek.

8.3 El huevo de chocolate

Hubo una temporada en que los niños llevaban al salón una golosina muy conocida entre ellos. Se trataba de ese huevo de chocolate envuelto en papel blanco con anaranjado. Su estrategia mercadológica consiste en convencer a los padres que no sólo les llevan un dulce a sus hijos, sino también un juguete. La mayoría de los niños piden este producto, no tanto por el chocolate, más bien por lo que lleva dentro, ese diminuto juguete.

Algunos niños de mi grupo no se guiaban a través del instructivo para armar el juguete del Huevo Kínder. Tal vez no tenían claro qué era un instructivo; aun así eran capaces de armar la figura con sólo observar las representaciones pictográficas y los números. Algunos niños eran muy hábiles para decodificar y realizar el armado de las piezas; otros podían construir el juguete sin consultar el instructivo, y otros recurrían a mí confiados de que por ser la maestra y ser grande ensamblaría rapidísimo el juguete.

No me parecía bien construir la figura yo sola y dárselas así de fácil, así que les pedía que hicieran algo que no acostumbraba al armar algo. Les decía que se fijaran en el instructivo y me pasaran las piezas de acuerdo al orden en que se presentaban. Alguna vez uno de los alumnos, Diego, me dijo antes de terminar de armar la figura que ya le había entendido y que él lo haría solo.

Me hubiera gustado organizar, en este grupo, la elaboración de una receta de cocina sencilla y su preparación dentro del salón, o armar objetos, o inventar un juguete y hacer que los niños trajeran los materiales y seguir el procedimiento para armarlo. Total, me hubiera “volado” una clase de español, en particular, una donde hiciéramos solo planas.

8.4 El debate de los juguetes de niños y de niñas

Entre los materiales de apoyo para el aprendizaje de los niños se encontraba un libro de valores. Tanto para mí como para la maestra Paty, era complicado insertarlo dentro del programa, incluso casi nunca figuraba en los apartados de nuestra planeación. Tampoco aparecían actividades como debate o discusión en torno a los temas de valores. Estas acciones de comunicación, que aparentemente no eran parte de la dinámica grupal programada, formaban parte de la cotidianidad en el salón.

Los niños acostumbraban llevar juguetes a la escuela. En realidad no me disgustaba, a menos que los jugaran durante las horas de trabajo, pero la mayoría obedecía la regla y la respetaba. En alguna ocasión los niños debatieron con las niñas sobre cuáles eran los juguetes que a cada género debían gustarle. Todo empezó porque Francisco, un niño tierno y amoroso, se mostraba muy interesado en las muñecas y en el juego de las niñas. Diego, que era bastante burlón, les dijo a los demás que “Pancho” (como ellos le decían a Francisco) era una niña porque le gustaban las muñecas. Francisco no se ofendió y reafirmó “sí, a mí me gustan las muñecas”.

En el salón, comenzó la discusión entre quienes opinaban que cualquier niño(a) podía jugar con el juguete que fuera y los que afirmaban que había juguetes para niño y niña, respectivamente. Las mujeres defendían y argumentaban sobre la

primera postura; la mayoría de los hombres, la segunda. En cierto momento Francisco cambió ese rostro sonriente por uno de enojo y dijo “me gustan las muñecas porque a mi mamá también le gustan”. Considero que este sentimiento hizo que varios niños reflexionaran acerca de lo que mencionó y cómo lo hizo; además, valoraron lo que las niñas objetaban.

En poco tiempo ya estaban dialogando y uno de los niños, el despreocupado Saúl, declaró haber jugado a la casita y haber usado los juguetes de sus primas, como los trastecitos o las muñecas. Esa confrontación de ideas representó una oportunidad para que los chicos se expresaran y defendieran sus posturas mediante el lenguaje oral y no solo con el que escribían en sus libros y cuadernos.

8.5 Carlitos y las groserías

He observado a algunos niños actuar de una manera muy natural cuando sus padres o algún adulto conocido se expresan con palabras altisonantes, no muestran exalto o asombro. En mi casa el único familiar que utilizaba este lenguaje era mi papá; no me molestaba ni me alegraba de escucharlo hablar así, simplemente era parte de la cotidianidad.

Esta forma de expresión no aplicaba para mis cinco hermanos ni para mí. Nunca escuché que de alguno de ellos se escapara una palabra incorrecta. Cuando yo me quise hacer la graciosa en la mesa a la hora de la cena, diciendo una grosería, mi papá que estaba a mi lado, sentado en ese lugar preferente que se reserva para el “jefe de familia”, soltó un tremendo golpe junto a mi plato que me hizo saltar y llorar. Las groserías no son parte del ambiente escolar regular, por ello, están prohibidas, incluso para los profesores, aunque seamos adultos como sus papás, que sí las dicen. Resultaba complicado cuando quería explicarles por qué los adultos hablan de este modo con tanta naturalidad. Argumentaba que era parte del lenguaje, pero por su corta edad no deben utilizarlo como medio de expresión.

A Carlitos, el más bajito de sus compañeros y quien tenía un rostro tan dulce y simpático, al parecer le gustaba romper la dinámica ordinaria del grupo ya que varias veces provocó el asombro de sus compañeros al escucharlo decir alguna palabrota. La primera vez que sucedió, sólo le dije que eso no estaba bien, que se encontraba en la escuela (como si fuera de ella sí pudiera hacerlo) y no debía expresarse así. El regaño valió poco porque seguía diciéndolas; miraba las reacciones de los niños y después la mía, que siempre era de enojo. Carlos no reflejaba preocupación, sino que sonreía y esperaba mi regaño.

Después de haberles mandado algunos mensajes a sus padres informándoles del lenguaje inaceptable de Carlitos y de su continuo comportamiento, me entrevisté con su madre. La señora reprendió a mi alumno delante de mí, diciéndole que si

volvía a hacerlo enteraría de lo sucedido a su papá. Fue la primera vez que vi a Carlitos al borde del llanto, mientras le pedía a su mamá que no le dijera nada a su papá; tal vez su padre era estricto.

8.6 Maricela escribe chiquito

Considero que tengo una letra fea, aunque mi mamá la comparaba con la de mi hermano y decía que la mía sí se entendía porque escribía clarito. La directora de Frida Kahlo decía que muchas de las maestras que trabajábamos ahí teníamos una letra horrible, no sé si la mía estaba incluida en esa categoría, lo más seguro es que sí.

En ese sentido yo no podía debatirle nada a mi jefa ya que la manera en que ella traza su letra es espectacular, tiene un estilo muy personal. En varias ocasiones algunos papás me dijeron que si esa letra, la de los recados de sus hijos era mía, me hubiera gustado decirles que sí, pero contestaba que era la de la maestra Norma; ellos decían que era muy bonita. Algunas personas opinaban que parecían jeroglíficos y que no se le entendía nada, y es que de repente llegaba a comerse letras y combinaba la cursiva con la script. A varios se les dificultaba leer lo que ella escribía, a mí simplemente me gusta su letra.

Maricela, otra de mis alumnas en el preescolar, tiene una letra peculiar. Cuando hacía sus planas de oraciones, no era necesario que regresara la mirada a la frase que había escrito con anterioridad, simplemente la memorizaba y continuaba escribiéndola a lo largo de la hoja. Ella escribía legible y clarito; separaba las palabras, las letras eran de un solo tamaño y utilizaba su lápiz rojo para escribir las mayúsculas y los signos de puntuación.

Una mañana, entró a mi salón la maestra Paty y la maestra de inglés para revisar cómo estaba trabajando la letra. En los dos primeros días de mi capacitación, conocí el modelo de escritura o, más bien, la forma establecida para los alumnos de preescolar de trazar la letra. Y así debía ser, pues les decían lo siguiente: “las bolitas bien redonditas y los palitos bien derechitos, una letra en cada cuadrado y sin salirse”. Maricela cumplía con todos estos requerimientos, sólo que su letra era más pequeña que los recuadros de su libreta, lo cual propició que la “*teacher*” opinara que estaba mal hecha, que para eso eran los recuadros... para llenarlos.

La forma tan tosca en la que se expresó me molestó, así que preferí dirigirme a la maestra Paty, quien me hacía sentir más cómoda. Le argumenté que no le exigía que modificara su letra porque estaba adquiriendo su propio estilo y que cumplía con los requerimientos de una buena escritura, como el orden y la constancia en el tamaño. La “*teacher*” repitió “para eso es el cuadrado”. Mientras tanto Maricela miraba con desconcierto lo que había escrito.

Después de esa clase, me reuní con la directora y la maestra Paty. La directora nunca me indicó que le exigiera a mi alumna trazar su letra del modo establecido, pero me dejó entrever que debía acoplarme a lo que Paty me indicara; lo supuse cuando mencionó que todas las escuelas tienen su forma de trabajo y que esta no era la excepción.

Aún me cuestiono si es relevante que a esa edad pongan tanto empeño en realizar sus trazos. Tal vez si a mí, mi maestra de preescolar y de primaria, me hubieran exigido de tal manera, mi letra sería diferente. Estoy convencida de que el tiempo que invertimos en ejercitar la motricidad, mejor lo hubiéramos ocupado en que crearan sus propios textos, como cartas, recetas, recados. Así, más que transcribir letras construirían el significado de ellas.

8.7 Scarlet, nos habla de Dios

Uno como maestro conoce como es la vida de sus alumnos fuera de la escuela. Algún comentario, algún objeto, alguna acción, pueden decir mucho de su entorno, cómo lo viven y qué están aprendiendo de él; incluso podemos atribuirle a ese ambiente exterior qué tan desvultos sean los chicos en la escuela.

Scarlet, era una niña que a todos caía bien, aunque era reservada, podía interactuar con cualquier niño que estuviera cerca de ella, incluso con Pablito, que era bastante tímido. Cuando Scarlet trabajaba, ponía una cara de seriedad y siempre realizaba todo bien, y cuando hablaba tenía esa voz suave y su gesto era muy agradable; si estabas tenso te hacía cambiar esa sensación.

A mi parecer, Scarlet, antes de acercarse a los libros que le proporcionaba el kínder, ya había tenido contacto con otro de gran significado para ella y su familia, la Biblia. Ella podía hablar de cualquier asunto, pero muchas veces recurría a aquello que aprendía en algún lugar desconocido para mí; tal vez en un templo, o en la casa, o en la calle, donde predicaban sus familiares. Sus compañeritos intercambiaban con ella lo que sabían y entendían acerca de la religión. Scarlet con su amplio manejo del tema, hacía que reflexionáramos sobre ese mundo dónde, según ella, estaríamos.

Una de las alumnas, Fernanda Colín, siempre concordaba con lo que ella decía y complementaba sus afirmaciones; pronto, me enteré que una de ellas era cristiana y la otra pertenecía a los Testigos de Jehová. Un día Scarlet llevó un libro muy pequeño a la escuela, la Biblia. Sus compañeritos sintieron curiosidad por diminuto texto, pero no tanto como lo que ella les platicaba.

Lo que se vive en el ambiente escolar, lo que los otros chicos argumentan o hacen y los intercambios de ideas también te cambian las propias. El día del maestro

Scarlet me regaló una figurita de porcelana. No conocía las costumbres de su religión hasta que leí un mensaje que me envió su mamá, el cual decía algo más o menos así: “El regalo que le lleva Scalet no se lo envíe yo, en mi religión no acostumbramos celebrar estas fechas, ella insistió en dárselo”.

8.8 Nicole no sabe leer

Un día, cuando Nicole entregó su plana de oraciones, le subrayé la primera sílaba de la oración preguntándole “¿qué dice?” Ella sólo sonrió y giraba su cuerpo de un lado a otro. Diego, que no era nada reservado cuando hablaba de algún compañero, gritó desde su lugar “Nicole no sabe leer”.

Las primeras semanas, en las que comencé a trabajar con el grupo de preescolar, se me complicaba aplicar el método de lectoescritura en los casos especiales, en particular con Nicole. Aunque había ingresado desde el inicio del ciclo escolar y tomado las mismas clases que sus compañeros, parecía que no aprendía del todo, pues no reconocía la mayoría de letras, no era capaz de formar palabras por sí sola y no leía. Escribía al principio de la hoja y terminaba haciéndolo uno o dos renglones más abajo.

A pesar de que no quería mostrarme tan rigurosa en la enseñanza de la lectura y escritura, me causaba asombro que si se estaba aplicando el mismo método, tanto en tiempo como en condiciones, a niños de edades similares; este no estuviera funcionando de la misma manera en Nicole.

Cuando le comenté el caso a la directora, argumentó que en casa no le ponían atención y que éste era un tema difícil de tratar con la mamá de la pequeña, ya que ofrecía muchas excusas para justificar el hecho. Al entrevistarme con la mamá de Nicole comprobé lo que me dijo la directora. La señora, muy despreocupada, me comentaba que su hija era perezosa y desobediente. En otras palabras, la señora no tenía autoridad sobre la niña y prefería dejarla hacer su voluntad.

En el salón, Nicole se mostraba diferente a cómo la había descrito su mamá. Lo que entendía y sabía lo hacía a su propio ritmo, pero para mí era muy complicado hacer que encajara en la metodología de trabajo. Decidí hacerme cargo del asunto, así que traté de “regularizarla” después de clases, mientras esperaba a que su hermano saliera de la primaria.

Consideraba que lo mejor para ella era empezar desde un inicio, así que revisé lo que marcaba el método fonético-sintético y repasamos los temas de la primera mitad de ese ciclo escolar. Me desalentó notar que los avances de la niña eran pocos, Nicole seguía sin reconocer los sonidos de las letras que revisamos por segunda vez. Los ejercicios de su libro *Arco iris letras*, que implicaban mayor

esfuerzo, no los podía realizar de manera autónoma como los demás niños del grupo.

Entendí que el proceso para que Nicole pudiera tener cierto dominio de la lectura y escritura sería largo; asimismo, me preocupaba “no entregar las cuentas completas” del caso. El objetivo primordial de ese curso era que los niños adquirieran el sistema convencional de la escritura, en pocas palabras, que ingresaran a primero de primaria sabiendo leer y escribir.

Modifiqué las actividades para regularizar a Nicole porque fueron infructíferas; además, la pequeña no mostraba ánimo al hacerlas. Nicole parecía aburrída y fastidiada, así que me enfoqué y le agregué algunas variantes a aquellos ejercicios de su libro donde mostraba más interés.

Había una actividad en la que tenía que relacionar las palabras u oraciones con la imagen que las representaban. Este ejercicio me parecía muy sencillo ya que no implicaban ningún reto, así que antes de leerle sería mejor que comenzara describiendo las imágenes; después debía relacionarlas con la palabra u oración correspondiente.

Esta variante me dio oportunidad de percatarme de las habilidades que tenía la pequeña respecto al lenguaje. Como no podía expresar de manera escrita (al menos no una convencional) lo que entendía de los textos o de las imágenes, opté por que lo hiciera de manera verbal o por medio de dibujos. Para Nicole tenía más sentido describir personas u objetos; así como a clasificar, predecir las escenas en un cuento, narrar sucesos mediante imágenes.

Las letras por sí solas no tenían ningún significado para mi alumna, a menos que se le presentaran con alguna imagen o alguna narración, que la hiciera reflexionar sobre lo que esos textos querían decir. La enseñanza de los sonidos de las letras no la deseché, pero no lo estaba haciendo en el orden estricto que marcaba el método, sino a partir de los nombres de los objetos, personas o lugares, conforme se presentaban.

Aunque Nicole se involucraba más en su aprendizaje y su desempeño en clases aumentaba, no dejaba de preocuparme que al finalizar el año escolar no leyera fluidamente como varios de sus compañeros. En verdad me preocupaba no alcanzar ese nivel de requerimiento que me exigía la escuela.

Sabía que Nicole estaba aprendiendo, pero el proceso fue largo y complejo. No me guié por el tiempo ni por el sistema tan mecánico y organizado que marcaba el libro de lectoescritura. Antes de llegar al libro de texto, hubiera sido recomendable haber hecho un sin número de reflexiones sobre el repertorio gráfico para que los

chicos comprendieran qué querían decirles esas letras y que les encontraran significado.

Comentarios finales

El ciclo escolar 2009- 2010 terminó y yo me quedé con un buen sabor de boca. En los siguientes años me encontraba en los pasillos de la escuela a esos niños que me habían acompañado en aquella aventura de ser aprendiz de maestra. Al verlos, varias veces me pregunté cómo marchaba la lectura ahora que algunos cursaban primero y, otros, segundo grado de primaria. Sentía cierta tranquilidad pensar que para ellos las planas se habían acabado. También me daba curiosidad el saber cómo era ahora su relación con los textos, a partir de haber aprendido las letras con la metodología fonético-sintética, ¿comprenderían los textos sin ninguna dificultad?, ¿la lectura sería una actividad agradable para ellos? o ¿tendría algún significado en su vida?

Haberme iniciado en el mundo de la docencia con estos chicos de tercero de kínder, dejó una experiencia invaluable en mi formación. Una experiencia que se ha extendido a los demás grupos que he tenido a cargo y, que en el presente no he dejado de aprender de ella. Fue tan provechoso haber trabajado con niños que se encontraban en esta etapa de alfabetización, pues durante las clases ellos mismos me iban mostrando la naturaleza del lenguaje, para qué servía y por qué era tan importante.

No fue tan sencillo comprender que el proceso de lectura y escritura, no es solamente la adquisición de ese repertorio gráfico y de los sonidos que unen las partes del lenguaje y, por ende, forman un todo; desmenucé esta idea a partir de la interacción con mis alumnos, desde su posición como nuevos lectores. Como se muestra en uno de los relatos contenidos en este trabajo, ahí, hago referencia a lo que una vez le recomendé a una de las mamás de mis alumnos de preescolar. Se trataba de que la mamá, en casa, apoyara el aprendizaje de las letras; le dije “se enseña a leer como se habla”, es decir diciendo el sonido de las letras. Esta fue una de las concepciones erróneas que tuve en mis inicios en la docencia.

Durante varios días observé a mis alumnos y vislumbré cómo se relacionaban con el mundo de las letras, de esta manera, comprendí que el lenguaje no se enseña de la misma manera en que se habla o se escucha, o sea, por medio de sonidos, sino como se vive. Para un docente es indispensable saber que para enseñar la lengua escrita es necesario trasladar los espacios del mundo exterior al salón de clases, entrelazarlos con esa red de ideas que acumulas a lo largo de la vida, o de su corta vida, como mis alumnos de preescolar. Todo ello es un enorme reto para los profesores, debemos contar con un sinnúmero de herramientas didácticas para lograrlo.

Fue un error, desde mi posición como maestra, ver a mis alumnos en esa forma tan tradicional de “tablas rasas”, donde seguiría el orden estricto de la enseñanza de las consonantes y, así, aprenderían a escribir. Restringir la idea de que los alumnos de preescolar podían interactuar con textos más complejos que los que le ofrecía el libro de letras, era limitar su participación en la adquisición del lenguaje, donde tenían que involucrarse de forma activa, no sólo reproduciendo verbal y gráficamente lo que se encontraba en los escritos, sino también escribiendo sus propios textos.

Pero ¿cómo acompañar a los niños en este difícil proceso? Dominar el arte de la docencia requiere más que seguir una metodología predeterminada. Es imprescindible incorporar cambios para la mejora del quehacer educativo, reconocer que nada está dicho a la hora de enseñar y que la práctica se construye y reconstruye en el día a día.

En una escuela privada, a la que asistían chicos de clase media, donde los recursos estaban a la mano no había pretexto para empobrecer la educación. Había disponibilidad de materiales para abordar contenidos curriculares más ricos. Los niños de preescolar son capaces de aprender el sistema de escritura, asimismo, se debe confiar en su capacidad intelectual de descifrar materiales impresos más estructurados, y aumentar paulatinamente su comprensión sobre cómo están escritos, para quiénes se escriben y para qué se escriben.

“...no sólo se aprende acerca del objeto escrito, sino de las relaciones que el uso de la escritura establece y la escritura exigida por cierto tipo de relación social” (Kalman, 2004:5). De tal forma que al enseñar el lenguaje no podemos dejar de lado que éste se ha adquirido y desarrollado interactuando con otras personas en un determinado lugar y en circunstancias particulares y, que al ser contextualizado, adquiere un significado para los individuos que lo utilizan con ciertos fines.

Reconstruir esta experiencia pedagógica con los niños del tercer grado de preescolar y exponer los detalles de mi práctica con sus aciertos y desaciertos, es reconocer y reafirmar mi papel como docente, no como un simple y sencillo ejecutor de un plan de estudios, sino como un personaje activo que interactúa de manera constante con los contenidos, con los materiales, con su materia prima: los niños. Al escribir esta historia me noto que, como maestra, tengo mis propias maneras de entender la enseñanza y que mi historia de vida también está presente en mis prácticas en el aula.

Fue indispensable e inevitable integrar a este escrito los relatos de mi historia personal. La finalidad era presentarme como un ser contextualizado, colmada de

eventos muy especiales, los cuales me han conformado como lo que soy actualmente y cómo me relaciono con los demás. Al reconstruir el relato dudé en escribir los aspectos íntimos de mi vida, pero si no los hubiera incluido esta narración sería superficial y vacía.

Escribir esta historia me brindó ideas sobre qué elementos debo conservar o eliminar de mi práctica. Mientras contaba y reflexionaba mis vivencias, en torno a esta experiencia, me fui autoevaluando. Describirme en esta narración me ayudó a reconocermé y a tener una perspectiva renovada no solamente de mi profesión, sino también de mi vida.

Si me preguntaran cómo enseñaría la lectoescritura ahora diría que de una forma particular, con base en mi forma de ser y la de las demás personas que, en ese momento, estamos compartiendo el espacio y tiempo. Ello implicaría reconocer todos esos matices que conforman la adquisición y desarrollo del lenguaje. No diría que soy ecléctica ni que tomo algo de aquí y de allá para construir la práctica. De alguna manera tendría que inclinarme a alguna metodología ya que para enseñar hay que tener una guía; de vez en cuando, hay que seguir algunos pasos para tener orden, aunque lo emergente surja invitándonos a enriquecer la clase y a modificar las estructuras.

Tal vez no debí de alejarme tanto de la lectura que tanto me interesaba cuando era niña. Hablo de esos textos y documentos que se atravesaban en mi camino y que no pertenecían al espacio de la escuela, como los cómics y los álbumes. Tal vez si hubiera agregado más impresos de este tipo a mi vida, para relacionarme gustosamente con las letras, me habría hecho amar la lectura.

Para concluir, recurriré a la imaginación pedagógica, es decir, pensar y vislumbrar mi práctica en aquel punto donde las vidas de mis futuros alumnos se entrelazaran con la mía. Y acompañarlos a recorrer el camino, a entablar una relación más afectiva con el lenguaje escrito con esa emoción que yo sentía de pequeña, al averiguar de qué trataba la publicación más reciente de mi historieta favorita. Cito la siguiente frase de Eusebio Ruvalcaba (2011). “Quien lee, si es lo suficientemente sensible, enriquecerá su existencia”.

Bibliografía

Ahumada, Rosario y Alicia Montenegro. (2005). *Juguemos a Leer. Actividades para Trabajar en competencias. Manual de ejercicios*, Trillas, México.

Almada, Gabriela y Ana Calderón. (2006). *Arco iris de Letras. Juego, Descubro y Empiezo a ser Competente para Leer y Escribir. Escritura script y cursiva*, Trillas, México.

Anijovich, Rebeca (et al.). (2009). *Transitar la Formación Pedagógica. Dispositivos y Estrategias*, Paidós, Buenos Aires.

Arfuch, Leonor. (2013). *Memoria y Autobiografía. Exploraciones en los Límites*, F.C.E., Buenos Aires.

Bolívar, Antonio (et al.). (2001). *La Investigación Biográfico-narrativa en Educación: enfoque y metodología*, La Muralla, Madrid.

Buckingham, David. (2002). *Crece en la Era de los Medios Electrónicos. Tras la Muerte de la Infancia*, Morata, Madrid.

Cooper, J. David. (1990). *Cómo Mejorar la Comprensión Lectora*, Visor, Madrid.

Kalman, Judith, (2004). *Saber lo que es la Letra. Una Experiencia de Lectoescritura con Mujeres de Mixquic. Siglo XXI-Instituto de Educación de la UNESCO*, México.

-(2004). "¿Se puede hablar en esta clase? Lo social de la lengua escrita y sus implicaciones pedagógicas" en *Tres ensayos sobre la enseñanza de la lengua escrita desde una perspectiva social*, DIE-CINVESTAV, México.

Lerner, Delia. (2001). *Leer y escribir en la escuela. Lo Real, lo Posible y lo Necesario*, F.C.E., México.

Programas de estudio 2011. (2011). *Guía para la Educadora, Educación Básica Preescolar*. SEP, México.

Programas de estudio 2009. (2009). *Primer grado. Educación Básica Primaria*, SEP, México.

Sóle, Isabel. (1999). *Estrategias de Lectura*, Graó, Barcelona.

Torres, Rosa María. (1998). *Qué y Cómo Aprender*. SEP, México.

Ruvalcaba, Eusebio. (2001). *52 Tips para Escribir Claro y Entendible*, Lectorum, México.

Fuentes electrónicas

<http://www.inegi.org.mx/>

http://www.oei.es/fomentolectura/que_se_entiende_por_alfabetización_braslavsky.pdf.

<http://www.neza.gob.mx/docs/plandif.pdf>

<http://www.scielo.org.mx/pdf/polis/v7n2/v7n2a7.pdf>.